

## CARTA 1

Hola, José, hermano. Te escribo desde un restaurante de París, al lado del hotel donde vivo, porque pronto me vendrán a buscar para ir al hospital. Un botones del hotel llevará la **carta**, espero, al correo. Espero, digo, porque mientras la escribo estoy pensando la posibilidad de que nunca te llegue. ¿Para qué la escribo? Porque hace años que no te veo y necesito hablar de una vez por todas con vos, y ahora es urgente. No puedo no escribirte.

Mi idea es mandársela a Rafael Tuegols, el violinista: Rafita, le decíamos. El Rafa se ocupa de mis cosas en Buenos Aires. En otra carta le voy a pedir que te ubique y que te dé ésta a vos, el único que puede leerla. Rafita es de cuando jugábamos a las bolitas y espiábamos a las pibas. Vos lo conocés de cuando empecé a tocar en el centro.

Cuando digo que sos el único que puede abrir esta carta es más que nada un pedido a quien la tenga. Imaginate cuántas manos pueden toquetear este papel: desde el botones del hotel, pasando por los marineros del barco y terminando en un cartero porteño, que un día está apurado y la quema en su casa...

Si quien abre esta carta no es el destinatario, seguramente la va a leer igual. Yo haría lo mismo, por supuesto. La leería, y después vería qué hago.

Podría, por ejemplo, ponerla en el correo con la misma dirección. A este lector que no conozco ni jamás voy a conocer solo le pido que se gaste unos céntimos en una estapilla. Le ruego pida el reembolso a mi amigo Rafael Tuegols. Será gratificado. Rafael ya estará atento a este raro pero posible evento. Gracias.

Puede usted ubicarlo por lo menos hasta fin de año en el Café Apolo, a unos pasos de Corrientes al 1400, de miércoles a sábado. Si no, allí sabrán indicarle hora y lugar. Conocerá a un gran músico y gran tipo.

Podría también guardar secretamente esta carta, pero no le veo utilidad. Salvo que decida buscar usted mismo a buscar a mi hermano José Enrique Arola, destinatario final y verdadero de esta carta.

Que tampoco es el único, porque Lidia Petruchi, mi ex mujer, podría conocer dónde ubicar a mi hermano y recibir la carta y luego ver qué hace.

Finalmente, usted, lector imaginado, sepa que soy Lorenzo Arola, hace unos pocos años un hombre conocido en la noche y la música de Buenos Aires. Le revelo especialmente este dato porque mi intención es volver a los maravillosos boliches, cabarets y teatros de Buenos Aires.

Pregunte nomás por mí, o mejor por Eduardo Arolas, mi nombre artístico. Hace unos pocos años que faltó, pero todos me recuerdan y tocan mis tangos

Y ahora que lo pienso, debería yo hacer copia de esta carta – y de posteriores, si las hay – y meterlas en botellas y tirarlas al mar, porque éstas que van en sobres de papel podrían terminar en una hoguera, que no es mal lugar si inicia el fuego para las brasas de un buen asado, y así los operarios se evitan la carga en la bodega, o la descarga, o los trámites en el correo, y hasta el cartero reduce el peso de su bolsa.

Cosas de mi vida hechas sal o humo (el humo del olvido, buen título para un tango, José, anotalo), según si van a parar al fuego o al mar, y así nadie sería perturbado, ni amigos ni parientes ni carteros ni terceros no previstos, y chau, el mundo sigue viaje hacia otros espacios y otros siglos sin saber de mí y ni falta que hace.

De cualquier manera, y por si ha llegado usted hasta estos renglones, le repito, lector impensado, que se me conoce mejor como Eduardo Arolas. Con este nombre podrá hallar mejor a amigos y conocidos mío en el mundo del tango y los espectáculos nocturnos en Argentina y en Francia. Soy, también, El Tigre del Bandoneón.

José Arola, hermano, motivo central de esta carta tan frágil, a vos te escribo finalmente, después de unos diez años de no saber nada de vos (¿sabrás vos de mí?), mientras me consiguen un lugar para internarme por una severa afección pulmonar, junto con otras afecciones (¿o aficiones? ¿o adicciones?). Así me dijeron un par de médicos: malade de toutes les maladies, o quelque chose comme ça.

Uno de los tordos es fana del tango, como la mitad de los parisien, y vino un par de veces a verme tocar en El Garrón, el boliche de don Manuel Pizarro, y en el último en que me presenté acá en París (no recuerdo ahora cómo se llama). Ahí mismo, en una habitación interior, este tordo me revisó de apuro y me dijo que hablaría por mí para que me reciban en el hospital Bichat. Porque está recién refaccionado y qué se yo cuántas otras desventajas. Porque tengo los pulmones y el hígado hechos trapo, otra desventaja importante.

Lo malo de este tordo y de otros que me han visto es que hablan como te escriben lo que tenés que tomar o los tratamientos: no se les entiende nada y encima en un francés de otro país.

Me dicen que he tomado mucho, supongo que alcohol, y que es urgente que largue el cigarrillo para recuperar al menos un pulmón, o que largue para no perder el otro. Hace un año que me dijeron lo mismo en Montevideo, y aquí estoy.

No saben qué hacer conmigo, ésa es la realidad. Lo mismo que le decía papá a mamá. Entonces tratan de explicar mi caso como uno de afecciones combinadas, lo que permitió el ingreso de diversos virus, de la tuberculosis o de la cirrosis o todos juntos, y demás. Y hacen un listado de síntomas y posibles tratamientos que al pobre enfermo le suman un mareo hipocondríaco.

Me sobran dudas, José. Primera duda, que no está en discusión: si pudiera volver a la Argentina me curo. Estoy seguro. Con yuyos, tango y boliche. Segunda: me pregunto si voy a

morir de esto. No quiero, no tengo ni los años de Cristo y me quedan cosas por hacer, grabar tangos que tengo escritos, algunos ni estrenados, y tocar en la Torre Eiffel, para despedirme de París, o en el obelisco de Buenos Aires. Mucho por hacer. Besos para dar (me dijeron que use barbijo, así que poco beso). Y por supuesto, quisiera verte a vos.

Quisiera saber de Lidia, no te enojés. Saber si vive, en principio. Vos estás vivo, si estás leyendo esto, ¿pero ella? Y en ese caso, ¿está con vos? Y entonces, ¿podría verla, aunque sea de lejos? Lidia, pibita, es la primera vez que pronuncio su nombre delante de vos después de lo que pasó. Y ni siquiera: apenas si lo escribo.

Tercera duda: ¿no me querrán internar para que la mafia de París me mate disimuladamente? Te cuento, para que lo cuentes si llega el caso: a mí me apalearon los mafiosos que controlan a las putas de París. Una noche me rajaba de un tugurio con una de las chicas, la dulce Bernadette, a la que yo quiero mucho, y un cashio me quiso parar, le dí un mamporro y los mafiosos me golpearon hasta que ni siquiera supe si alguien los paró o les dí lástima.

De manera que los médicos que vienen a verme y me quieren internar (tuberculose pulmonaire) podrían estar amenazados por esos mafiosos, para evitarse problemas. Porque si los médicos denuncian que fui lesionado viene la poli y un fiscal y se les complica. En una causa judicial puedo perjudicar a la mafia. Y a intereses que no sé hasta dónde llegan o cuánto poder tienen. Pero todo eso no puedo contarlo por carta, José.

Otra pregunta que me hago: he conocido curdas de 40 y 50 años, ¿por qué morir a los 32?

Ruego, entonces, que quien sea que abra esta carta, que la cuide porque contiene, como ven, una seria denuncia. Y un motivo para que yo resista a la muerte con la que los médicos me pretenden amedrentar (si no es que me están matando secretamente).

José, en realidad, todo lo que he escrito es, esencialmente, para vos. Que alguien se apure y abra la carta antes de que te llegue es, a esta altura, algo secundario.

No me importa: hace tiempo que pienso solo en vos. Y un poco en Lidia, por supuesto. Que no sé si se quedó con vos, si se piantaron cada uno por su lado (o si finalmente la mataste como hubiera querido matarla yo cuando se fueron de mi casa).

Pero no quiero reprochar nada. Acá se termina el verano. Ya hace frío, las noches son más largas. Solo quiero empezar este contacto y si es posible volver a verte. Yo te pago el pasaje. Buscalo a Tuegols, noherma, en el Apolo de Corrientes. El me cobra allá y me manda unos pesos por derechos de autor.

Y si no estás en Buenos Aires es una buena causa para que te des una vuelta por el Obelisco (lo que daría yo sólo por mirarlo de lejos al Obelisco).

Contame: ¿tuviste hijos con Lidia? ¿dónde viven? ¿qué hacen? ¿vendrías a verme? ¿con ella? Vengan tranquilos los dos, que ya meé todo el rencor que guardaba en los riñones. Lo reemplacé con ginebra.

Tengo muchas preguntas, como vas a ver. Pero se me hace difícil sincerarme con vos sabiendo que esta carta tiene un destino dudoso. Es como escribir dos cartas al mismo tiempo, una para vos y otra disimulando para un desconocido que podría abrirla quién sabe con qué propósito.

Preguntas para vos: ¿en qué momento se enamoraron uno del otro? ¿cómo fue? Porque, salvo el canario, en casa no dejaron ni un trapo roto. Como los boqueteros, que hacen un túnel durante un mes y un día se rajan con todo el oro de la joyería.

¿Cuánto tiempo les llevó decidirse? ¿fue tuya la idea? Disculpá si pregunto pavadas, si ya te olvidaste de algunas cosas, pero son las preguntas que me hago hace diez años, día por medio.

Recuerdo el papelito y la letra chiquita de Lidia. Lo tuve unos días, pero cuando me rajé a Montevideo lo tiré al río: "Perdoname Lorenzo. L".

¿Sabías que Lidia había dejado ese papelito? Estaba en la máquina de coser. Seguro que lo puso ahí al final, antes de salir por última vez, cuando vos ya estabas afuera. Cortito. Firmado. Ella apenas había ido a la escuela primaria porque la hacían laburar en su casa.

Y puso "Lorenzo" porque ella me había conocido Lorenzo, no Eduardo. Lorenzo: lo que uno es de chico es de grande, decía papá, cuando pensaba que yo era irrecuperable.

¿Te acordás que me querían cambiar también el apellido? ¿Forero era? Al final, transamos en agregarle la S a Arola. Fueron los de la grabadora. El director de la grabadora, un tal Malizia, me decía que cada tanto hay que cambiar los muebles de lugar. Ideas modernas.

"Perdoname Lorenzo". Nada más. Nunca más. ¿Perdonar qué? ¿Cogieron en mi casa? ¿En mi cama? ¿Cambiaron la cama de lugar, como decía Malizia?

Cuando me iba de gira, por ejemplo a los carnavales en Rosario, dos semanas solos, ¿qué iban a hacer? ¿Papas fritas? Por algo no querían venir conmigo. Dos semanas.

¿Y a dónde se rajaron? ¿Es verdad que se escondieron en Comodoro Rivadavia? Así me dijo un capo de la federal, comisario, Leone se llamaba. Pasó por la embajada argentina en París, pero no me averiguó mucho de ustedes. Me batió que en Buenos Aires mi prontuario decía "compadrito", y se cagaba de risa: ni guapo.

Además, no tenían por qué esconderse. Ustedes eligieron, y al que no le guste... (o sea yo) que se joda. Cuando desaparecieron yo no entendía nada. Imaginate ese momento: casa larga, todo oscuro. En la antecocina, en la Singer, el papelito con la letra de Lidia: Perdoname.

El ropero tuyo con algunas pilchas, unas mías y otras que te había comprado cuando saliste de la cárcel. Ahora me vendrían bien esas pilchas, un poco grandes porque estoy demasiado flaco.

Había unos tiradores y sombreros que no te gustaban. La cómoda que le había comprado a Lidia quedó sin estrenar. Alguna otra ropa vieja amontonada que ahí estará todavía.

En mi cama la almohada parecía un perro muerto. Bajo la cama la escupidera. Terremoto, José. ¿Qué pasó acá? ¿De qué me agarro? ¿De dónde sale el último barco? ¿El arca de Noé? ¿Y si me quedo en la orilla?

Salí a la calle y me encontré al carpintero que vivía enfrente, el tano Paladino. Siempre hay un tano a mano. Me dijo que la noche anterior había visto que subían dos baúles a un carro de dos ejes. Y que al rato escuchó el ruido de un auto.

A la semana yo estaba en pedo en Montevideo. Y no paré. Empecé a volver a Buenos Aires solo para algunos trámites. El Rafa Tuegols me dio una mano grande con la casa y la guita. Me alquiló la casa y me juntaba unos buenos mangos. Nunca estuve en el barrio, nunca en la casa. En Montevideo ganaba menos guita pero no podía volver. Sigue alquilada. Si me muero, algo vas a heredar. Primero mi mujer, ahora donde vivir. Arola hereda a Arolas.

Ya lo hablaremos. O no. Acá los tordos, sin decirlo, me dicen que si no me muero de tuberculosis me muero de cirrosis, ¿para qué morirse de bronca? Desde que llegué a París quedé más liviano, como desnudo y a la vista de todos. Solamente tengo recuerdos de aquel lado del mar. Un bulín de tres por dos en el hotel, una navaja vieja y unos francos.

Pensar que allá tenía cinco piezas, el patio, el naranjo, la higuera, agua corriente, cloacas, ¿te acordás? En el poco tiempo que estuviste conmigo no te faltó nada, ni una mujer ni sopa.

Además no puedo volver a Buenos Aires hasta que prescriba lo de Montevideo. Eso es otro tema que supongo que ya conocés y no quiero contar por carta. No sé cómo está el tema judicial. Por eso voy a pedir la ciudadanía francesa. Para que no me puedan extraditar. Los viejos, franceses. Vos, francés. Yo, argentino pero artista famoso, autor de bellas obras musicales como El Marne, como Comme il Faut, todos francés.

El boga que tengo acá me dice que soy más francés que Napoleón. Tengo que llamarlo porque hace rato que no aparece. Dice que el tango El Marne es una belleza que lo hace llorar y que con esa batalla los franceses salvaron al mundo.

Y por si fuera poco, Comme il Faut. No sé si no es mejor el título que el tango (tengo que hacer otro para titularlo Cherchez la Femme). Pero con dos tangos tengo a los franchutes en el grilo. Ojo vos, que portás un prontuario mucho más gordo que el de un pobre compadrito, como dice el mío. Si se aviva la Police te sacan la nacionalidad y me la dan a mí.

Sería lindo que pudieras viajar cuando termine el invierno, así nos organizamos una vuelta por la campaña. Por los viñedos. Tenemos que volver a Perpignan a conocer la casa donde naciste vos. Para entonces ya estaré a salvo de la mafia de los doctores y de las putas.

Bueno, venite cuando quieras. Y cuando llegues, en una semana armo una milonga en la embajada, voy a tocar esos tangos y delante del embajador hago la denuncia contra la mafia de París. Flor de quilombo armamos.

Encima, en cualquier momento viene de visita don Alvear, que era el embajador aquí hasta que lo eligieron para reemplazar a Yrigoyen. Don Torcuato, pituco pero con guita. Se casó con una mina que cantaba lindo. Los franceses preferían a Alvear de presidente porque durante la guerra Yrigoyen había declarado la neutralidad argentina. Los franceses de la embajada no paraban de hablar de eso.

Le voy a decir al primo del presidente, Emilio de Alvear, que se vengan juntos. A Emilio le dediqué un tango, Marrón Glacé. ¿Será primo, ahora que lo pienso? ¿O me vió la cara?

Si viene el presidente armamos otra milonga. O sea, tengo todo planeado. Solamente me faltaría un fueye, José. Escíbime. A la embajada o al hotel Trinité.

Y tengo algo para vos: un tango. Se llama José, tango para un hermano. Lo estoy masticando. Para cuando vengas lo tengo terminado. Y ahí lo estrenamos.

## CARTA 2

Todavía no salió mi carta y ya estoy en la segunda. Quiero contarte más, aclararte detalles. Dicen que sin detalles todo es igual.

La primera carta está en manos del concierge del hotel, un tal Del Prado, guitarrista él, a quien te podría presentar y te daría una buena habitación junto a la mía, tarifa de gomía. Cuando vengas, si no estoy en el hospital búscame en el hotel Trinité, o acá, en el bistró de al lado. Estaré en mi mesa, la última al fondo, detrás de una botella.

El concierge me prometió mandar la carta a la embajada para que zarpe en el próximo vapor. Es un siglo para mi apuro. Tendría que mandarlas por telégrafo.

Que salga ésta también. La mando aunque tampoco sé dónde va a terminar. Pero no puedo más, tengo que hablar con vos. Saber de Lidia. Lo bueno y lo malo. Si están juntos, sanos, muertos, enfermos o presos. Quizás estén felices con un par de purretes en el campo (aunque no te imagino laburando).

Quizás recuperaste la mano y volviste a la guitarra, pero a tocarla bien, como cuando éramos chicos y en el almacén de papá los curdas tiraban cobres al gorro y nos pedían una polka o un tanguito. Y algunos hijos de puta tiraban los puchos. Por lo menos los tiraban apagados.

Eran bravos esos días. Esos años. Y ahí estabas vos, mi defensor, mi profe. Cuando vos te llevabas todo por delante: los viejos, la casa, el barrio y las minas. Así te miraba yo. Nunca me olvidé de lo mucho que me ayudaste cuando era pibe. ¿Por qué, si no, hice todo lo que hice luego? Por lo que me diste. Cuando te llevé a vivir a mi casa era devolverte un poco.

Después pasó lo que pasó y por mucho tiempo pensé que me habías cagado la vida vos y Lidia, pero creo que yo también hice lo mío, y además no me importa eso ahora. Espero que me creas.

Sólo quiero verte, y arreglar mi situación judicial en Uruguay y en Argentina. En algún momento tenés que ir a ver al abogado mío en Montevideo, el doctor Guinney Silvestre, así se hace llamar, dos apellidos. O Silvestre Guinney, también puede ser. En el café Zunino preguntá por el colorado, un tipo muy escocés medio maricón que conoce a todo el mundo: policía, jueces, diputados. Tiene dientes de elefante, se ríe mucho y canta. Parece un gitano. Usa chaleco de rayitas y a veces se cruza una cadena de oro para el reloj del bolsillo. Un tráfuga divertido.

Acordate cuando estabas en cana cuánto me moví para sacarte, y cuánta guita puse. Te toca a vos.

Guinney Silvestre se ocupó de esconderme en su casa del barrio de Malvín aquella noche en que me mandé la cagada de mi vida. De mi putísima vida. Tres días después me tiró a

una lanchita sin luces y me arrimaron a un vapor dinamarqués, que se movía como un palito. Me acuerdo porque conté cuatro botes, aunque por lo menos había salvavidas para un regimiento. En uno de los botes me bajaron cuando llegué a Lisboa.

Me sacó toda la guita que pudo. Para eso están los abogados. Pero me salvó: adornó a la poli, a la poli del puerto, al del bote, a los del vapor y a un cana uruguayo que se iba a Europa y me ayudó a bajarme en Portugal. ¿Qué te parece? Viajaba custodiado. En Montevideo hay más coimeros que uruguayos.

Un día te cuento cómo fue llegar hasta acá: barco, carro, caballo, tren, carro. De Portugal a España y de ahí a Francia. Siempre escondido, frío, húmedo, medio borracho todo el día porque no tenía otra cosa que hacer y casi ni comía. Pero ni me miraron. Silvestre Guinney me hizo un verso para sacarme más guita: dijo que había que prever que la poli uruguaya mandara un pedido de captura por telégrafo y que en ese caso estuvieran esperándome en Le Havre, así que arregló todo para que me bajaran en Lisboa, y me dejó solamente para que tomara ginebra pero la más barata.

Supongo que sabés más o menos cuál fue la cagada que me mandé en Montevideo. Horrible.

La verdad es que había tomado en el velorio de un rey del candombe que duró varios días. Iba por un barrio del sur, Palermo, manejando uno de esos autos enormes que me habían prestado, un Studdebaker que tenía unos faroles grandes como sandías.

Con semejante auto andaba esa noche malparida. Tenía unos paragolpes que parecían vías de tren. Se me cruzó una chiquita. No frenó, patinó el auto. La atropellé. La choqué con el lado derecho y aterrizó arriba del capot. La vi irse hacia la izquierda, y cayó al empedrado. Una noche de lluvia, menos luz que un cabaret. ¿Qué hacía la nena ahí?

Te escribo y me tiemblan las manos. ¿Qué hacía yo ahí? Por qué. Por qué hay cosas que suceden en el mismo momento en el mismo lugar. Por ejemplo: por qué los granjeros de Perpignan allá por los años 90 perdieron dos cosechas seguidas y los viejos tuvieron que rajarse para América muertos de hambre. O por qué tuvieron que nacer en Perpignan y no en París o Londres. Por qué. Por qué naciste y viviste vos. Por qué nací y viví yo. Por qué Denise murió al nacer.

Lo de Denise nunca lo entendí. Yo tenía tres años, más o menos. Mamá gorda que va a tener una hermanita y de pronto una noche de gritos, yo tengo que rajar a la casa del vecino, y a los dos días mamá vuelve sin panza y sola. Y nadie habla nada, y papá que se lleva la cuna que había hecho y la rompe toda. Estaba escondido al fondo y lo vi. Le pegó dos hachazos. Vos me dijiste que no habías visto cómo era Denise, pero creo que me mentiste.



En cambio yo sí vi a la chiquita que atropellé en Montevideo. Se me apareció arriba del capot, frente a mí, cruzando hacia la izquierda. Pero antes de caer del capot me miró. Todavía me mira. Hay noches que me despierta de madrugada (hay noches que me despierta Denise y otras que no sé quién me despierta).

Es como si me preguntara: quién es usted, señor, qué va a pasar conmigo, en este segundo que estoy acá arriba de este auto blanco y negro antes de caerme. Me mira, me pregunta. Debe estar muriéndose mientras en un segundo recuerda toda su vida. Con un segundo le sobra porque apenas ha vivido.

Me mira y yo no sé qué decirle. Sé que se va a morir. En cuanto golpee contra el empedrado se muere, si no antes. Lo último que veo es una manito que parece que se quiere agarrar de la escobilla que limpia la lluvia.

Pero no. Cae. Te juro que iba despacio, José, pero el auto era enorme y no frenó o frené tarde. Te juro que me bajé del auto. Era un silencio espantoso, un barrio de pocas casas, probablemente un farol en la esquina. Fue un accidente. Nadie en la calle. La nena sola. Y ni la lluvia se oía. Hasta los sapos se habían rajado.

Me bajé y no se movía. Tenía sangre en la cabeza y barro. Un zapatito le había volado lejos. Creo que era una chiquita por el pelo un poco largo, pero luego Guinney Silvestre, el boga, me dijo que era un nene, que si quería me mandaba el diario donde había salido la noticia. No, gracias, no leo diarios.

No se movía, estaba como agarrada a las piedras y se mojaba. Yo no sabía si tocarla. Y me subí al auto y me fui. Todavía los dedos se me agarrotan a veces, como cuando los apretaba contra el volante mientras me daba cuenta de lo que había hecho.

Desde entonces sueño con los ojos de la chiquita cuando me miran y me preguntan por cosas raras, como qué pasó con el gorrión que dejé enjaulado en la casa de Buenos Aires.

Mientras me iba en el auto, mientras me estallaba la cabeza, imaginaba a toda velocidad lo que después en realidad pasó: no volver nunca más a Uruguay, dónde esconderme. Quién se habrá ocupado del gorrión. Esa misma noche lo desperté a Guinney Silvestre y le conté todo. Me guardó hasta la noche en su casa, me llevó a una finca en las afueras de Montevideo y a la semana estaba camino a París, donde estoy ahora pero sin poder olvidar ni un día esa calle de Malvín o Palermo, medio empedrada, y los ojos de la chiquita. Y nunca voy a volver. Ni de viejo, salvo para morir en algún cabaret porteño.

Te conté todo, José. Te mostré que puedo ser tan hijo de puta como vos o como Lidia.

### **CARTA 3**

Si puedo, te mando esta carta también con las otras dos, así te vas enterando de muchas cosas que no sabés de mi vida. Y ahí te van las preguntas sobre ustedes. Si digo ustedes digo vos, digo Lidia. Digo Lidia digo vos.

Como ves, ya no me importa mucho si esta carta llega a otras manos. Es que no tengo más remedio. Cuando me rajé de Buenos Aires fue para borrarlos a ustedes dos. Cuando me rajé de Montevideo me quería borrar yo mismo. Ahora que me están por borrar del todo quiero volver como sea.

Primero, a vos, mi hermano, el hombre que yo más quería y que había sacado de la cárcel como dos años atrás, que había llevado a mi casa a vivir y le había dado todo. Digo dos años como si supiera qué día es hoy, discúlpame los errores.

Es que fueron mazazos que me hicieron perder la noción de todo. Un día de estos no voy a necesitar ninguna noción de nada.

Sé que vos sos el mismo que estaba al frente del boliche que yo había puesto en Barracas. Ese hombre, de repente, me parte al medio. Mi hermano. Y mi mujer. En mi casa. El tipo de mi mayor confianza, al que yo le había dado buena guita para que saliera de la cárcel.

Epa: ahora veo que al escribirlo todo lo que recuerdo se me hace más difícil todavía. Yo pensé que me había olvidado de tantas cosas. Y con solo un par de letras resucitan.

Lidia, carajo, que salió conmigo de ese prostíbulo de mierda en un pueblito de mierda y se vino a vivir como una reina, como la mujer del Tigre del Bandoneón, en lo mejor de Buenos Aires y en los mejores salones. ¿Te acordás, ella tan hermosa conmigo del brazo, entrando a una milonga, la princesa y el tigre?

Yo sé que la cagué a Lidia porque la traté mal sobre todo después de aquella vez que la llevé a una fiesta en la embajada francesa. Mirá vos cómo los franceses se me cruzan. Vos y la embajada.

Ahí yo había conocido a la amante del embajador, Alice, que era la secretaria. Una mina para ponerla en un cuadro. Pechos tipo sandía. Tipo flan. Monsieur l'ambassadeur, decía, y ponía los labios como un culito fruncido. Mi primer viaje a Francia lo hice con ella. Yo en mi camarote, ella en el suyo: imaginate. Lutetia, el barco, inolvidable.

Ella me enganchó. En Buenos Aires me fue a ver a un cabarute, el Botafogo, con unos comerciantes franceses, y ahí arregló para que tocara con el cuarteto en una fiesta de la embajada. Un palacio esa embajada. Después me invitaron a otra fiesta cuando lo llevaron a Rubinstein, el pianista polaco que había ido a tocar en el teatro Colón.

En realidad, fue Alice la que me cagó la vida, porque me propuso que la llevara a Lidia. Si esa noche de Rubinstein yo no hubiera ido con ella a la embajada mi vida sería otra hoy.

Pero no solo la llevé sino que se me cruzó ese gordo y me envenenó la vida. No me pude olvidar al gordo y su gesto. El único gesto, la única vez que lo vi. La única, pero suficiente. Tenía bigotes largos y eso le marcaba más la sonrisa. El gordo. El dogor que reventaba chalcos. Lidia te habrá contado.

Yo había imaginado una escena similar, como una pesadilla que no iba a soportar. Imaginate: vamos ella y yo por la calle y alguien que la conoció en Bragado la reconoce y la saluda. Yo le pregunto quién es y ella baja la cabeza. Bueno, esa escena no fue en la calle, fue en la embajada.

Tuve mala suerte: en ese instante, se cruzaron la mirada de Lidia y la del gordo cochon, y todo se me armó en la cabeza. Como que ahí vi todo lo que se venía con Lidia. Ahí lo vi. Ahí exactamente vi todo lo que se me venía en la vida. O sea: a la mierda todo. No sabía bien cómo, pero vi que todo se me pulverizaba. Me quedaba en medio del mar sin vela y sin timón. El destino lo maneja el diablo, por eso yo miré justo hacia esos ojos justo en ese momento. Un relámpago.

Y pensar que había sido una noche gloriosa. Una de esas en que tocás y no te das cuenta de lo que estás tocando, ¿entendés? Como que hay alguien que se te metió en las manos y en el estómago y está tocando por vos. Justamente con Rubinstein, el polaco.

Ese boncha, que era famoso en toda Europa, iba y venía saludando por todas las mesas, y cuando nosotros empezamos (con Catamarca, creo, o Garufa), al toque se dio vuelta y se puso a escuchar. Al segundo tema se nos vino encima, tiró a la mierda el cordon rouge que no podíamos pasar nunca, se puso las manos atrás y ahí estuvo hasta que le pidió a un mozo que le trajera una silla.

Uno de los mozos le llevó la silla, una de esas de respaldo bien alto y terciopelo con rosas. Y ahí se instaló el polaco. Ni bola al embajador. Un grande. Atrevido para conversar: empujaba cada palabra que pronunciaba mal con un gesto para hacerse entender. Y casi un pibe, como nosotros. Lo vi tocar. Brillante. Lujoso. Le vi las manos. Recuerdo cómo se movían sus dedos. Suave como si abriera una rosa, como si pasara las hojas de una biblia. O tremendo, como si bajara un hacha. Las minas se morían por él. Decían que se las llevaba en fila a la catrera. Que paraba en un hotel bacán de Avenida de Mayo. Que tenía dos cuartos, uno para cada mina, pero que cada tanto las cambiaba. Y por ahí había despelote. Broncas entre ellas o con un dorima.

Alice se acercó y no sabía qué hacer. ¿Nosotros, vagos del tango? ¿Nosotros, de joda con el maestro Arthur Rubinstein? El boncha se hizo arrimar una mesita y una botella de champagne. Y como una docena de vasos para el cuarteto. El embajador y los jetones miraban de lejos. El polaco estaba enloquecido con lo que escuchaba.

Y el asunto del cordón rojo. Yo miraba el cordón tirado en el piso y les guiñaba el ojo a los muchachos. El maldito cordón rojo que siempre nos ponían para que no pasáramos más

allá, nosotros, justo nosotros, los artistas, mientras los pitucos, del otro lado de esa frontera sagrada para que no nos olieran las demoiselles, se chupaban el mejor champagne francés y se comían los mejores pavos. Los mozos pasaban y nosotros mirando la hora del descanso para ir a robar un trago cualquiera a la cocina.

El cordón había quedado sobre la alfombra, casi bajo un mantel. Bien pisoteado, como una serpiente muerta. El cordón que siempre nos marcaba hasta dónde. Ustedes aquí, nosotros allá. Un día voy a hacer un tango que se llame Cordón Rojo. Dos zonas: hasta el cordón, la zona de los sirvientes, de los cocineros, de los choferes, y de los músicos. Más allá del cordón, monsieur Cochon, madame Cochon, mademoiselle Cochon, y tous les cochons porteños que se arrastraban por las embajadas porque en realidad querían arrastrarse en Francia o en Inglaterra.

Con los muchachos mirábamos el cordón y nos cagábamos de risa. Estábamos en un rinconcito de cuatro sillas y los atriles y terminamos ocupando medio salón: sillas, botellas, violín y fueye sobre las mesas, como borrachos tumbados, el polaco golpeando una copa con un cuchillo. Esa noche estaba con Juancarlitos Cobián, Emilio Fernández y creo que Atilio Lombardo. Le dedicamos Comme il Faut al señor embajador, y después seguimos con Fuegos Artificiales y La cachila o Catamarca, algo así. Tengo poca memoria, menos memoria que bises.

Sé bien que se armó la gorda, porque el polaco empezó a brindar con nosotros y nosotros con él y con los mozos y el primer indio que se nos apareciera. La noche quedó panza arriba. Como las mejores. El polaco se abrazó al embajador para decir no sé qué maravilla del tango argentino y se movía de modo que el embajador no tuvo más remedio que darme una especie de abrazo de reencuentro. Voilá: Monsieur l'ambassadeur intercambiando salivas con el Negro Arolas, dónde se ha visto. El loco Lombardo perseguía con el violín al polaco: "Écoute, écoute ça, Artur".

Y ahí es cuando tenía que arrancar El Marne, como habíamos preparado, luego de unas palabras de Alice sobre nosotros y del embajador sobre la gran batalla, épica, bataille épique, decía Monsieur, aquella demostración de patriotismo y mucho más, y que la batalla que salvó la cultura, et la civilization, bien sur, lo que le había escuchado tantas veces a Monsieur con la bandera francesa detrás y La Marsellesa de fondo.

Entonces la miré a Lidia. Yo la llevaba a alguna presentación en teatro o a la casa de algún jetón importante, de vez en cuando. Nunca la llevaba a los shows en cabarutes.

Ella estaba feliz. Ya había pasado más de un año desde que la había sacado de aquel burdel de mierda. ¿Cuántos burdeles como ése hay en la Argentina? Diez mil. ¿Y cuántas minas? Cien mil. ¿Qué carajo tenía que hacer yo en Bragado? Nada. Tanto pueblo dando vuelta por el país y cada uno con sus puteríos, pero me tocó ése.

Lidia estaba perfecta. Esa noche. En la embajada. Cortinas, velas, flores, telas. Sonriente, cuello largo y collarcito de plata peruana que una mina me había dejado en la mesa de luz en Rosario, rodete y rosa blanca. Y un perfume que se olía desde mi bandoneón y solamente yo olía. Ese olor que sólo le salía de la espalda. De la piel de la espalda. Del veneno de esa piel de esa espalda. Espalda y gambas largas. Nada que no sepas, hijo de puta.

La habían puesto al fondo, por donde todos se iban a los servicios, en la mesa de otras secretarias o ayudantes de jetones. Flores por ahí, cubiertos cortos, con filo, sin filo, medianos y largos y unas servilletas grandes como una sábana, broches para prensar las servilletas, diez copas para cada uno. Hasta allá se tambaleó el gordo, como quien ha tomado pero todavía se controla. Iba al baño, supongo. Se arrimó y yo justo lo vi cuando se paraba ante la mesa de Lidia y le hablaba, y vi cómo le cambiaba la cara a Lidia. ¿Por qué miré justo en ese momento? ¿Por qué miré, si ya estaba borracho?

Lidia estaba medio de costado. Agachó la cabeza y la giró hacia mí, como si me señalara, y el gordo giró también su cuerpo y me miró con su sonrisa breve pero inolvidable. Cuánto me dijo en esa mirada, mientras yo no sabía si mirarlo o mirarla a Lidia mientras mi cabeza le decía de todo a Lidia. Y al gordo. Les prometía una venganza horrible. Qué velocidad tiene la mente, hermano. A veces vuelvo a la escena y pienso que la mitad de todo lo que recuerdo es algo que yo imaginé.

Esa noche tomé tanto que no pude recordar cuánto. El polaco jugó un poco con el bandoneón mientras yo descorché todo lo que me pasó cerca. Al final el Rafa se encargó de arrear a sus casas al resto del cuarteto. Yo me quedé solo para agarrar botellas de champagne y retorcerles el cuello hasta arrancarles la cabeza. Lidia, en un rincón. Hasta que me echaron porque también había rotos copas y platos.

¿Cuánto tiempo pasó ya? ¿Seis años? Supongo que esa noche se pudrió algo de lo mío con Lidia, o se pudrió del todo. Y al tiempo ustedes se rajaron juntos. Al gordo nunca más lo vi. Recién un par de días después me enteré de que era juez del crimen o fiscal, algo que no quise escuchar de Lidia mientras ella me confirmaba que lo había conocido en el burdel de Bragado. Pensá que ese gordo fiscal o juez agarró guita mía para que vos salieras de la cárcel. ¿Entendés?

¿Por qué se acordó el gordo? Porque ella era inolvidable. ¿A vos te pasó, estando con Lidia, que ella reconociera a algunos de sus clientes del quilombo? ¿O que algún cliente la reconociera a ella? ¿O que a vos te pareciera que ella miraba para otro lado para que un boncha no la reconociera?

¿Dónde estará Rubinstein? Si algún día vuelve a Buenos Aires, preguntale, se va a acordar de aquella noche en la embajada. Hace poco intenté ir a verlo, pero no conseguí ni una entrada. Menos mal, porque con la tos que tengo me rajaban a patadas del teatro. Tocaba en L'Opéra.

O sea, la última vez que lo vi fue en la embajada. Siempre se me mezcla su cara con la sonrisa de burla del fiscal gordo. Me decís Rubinstein o pianista polaco y se me aparece el gordo.

Todas eran risas burlonas, todos me miraban a mí desde que el gordo me había sonreído: se burlaba Emilito, se burlaba el embajador y hasta los mozos. Cómo llegué a mi casa, en qué carro, con quién. Sé que no le pegué a la pobre Lidia porque al día siguiente no tenía marcas de la noche que habíamos pasado, la noche del cordón rouge, la del cochon rouge.

Pero Lidia también se dio cuenta de todo. Las mujeres lo ven más clarito. Nunca más iba a ir conmigo a una fiesta, nunca más iba a soñar con presentarse como la mujer de Eduardo Arolas, el Tigre del Bandoneón.

## **CARTA 4**

El conserje del hotel me mira escribir cartas, me mira cuando voy al jardín, mato una hormiga y vuelvo a escribir. Una hormiga, un renglón. Estoy en una sala del hotel que es para cenas y reuniones íntimas. Piensa que tengo una tormentita en la cabeza. La segunda mañana en este lugar escribí todo el tiempo. El día siguiente lo pasé matando hormigas. Quedé de cama.

Maté 720 hormigas. Las conté. Cada hormiga que mato hago un palito con el lápiz. Acá está la prueba. Palo por palo. Hoja por hoja. ¿Ya te lo escribí? Me aburro, así que ando todo el día buscando qué hacer. Y buscando qué puedo hacer. Agacharme un poco para matar una hormiga, puedo. Anotar, puedo. Imaginate. Mato dos hormigas, anoto, escribo. Hormiga, palito, carta.

Un palito por hormiga y al final cuento los palitos. No son palitos, son notas musicales. Dos hojas de papel, hoy 720 palitos. Do re mi, do re mi, re do sol, sol si re. En cualquier momento se me ocurre un valsecito, el Vals del Hormiguero, cada hormiga en su agujero.

Me pasé el día anotando como un escribano. Pensar que hice varios tangos que se me perdieron porque no sabía escribir música y acá puedo anotar hasta los suspiros.

Al principio no las contaba, me quedaba mirando la muerte de cada hormiga, pensando boludeces. En qué momento la hormiga está realmente muerta. O se hace la muerta. Cosas así. ¿Qué corazón deja de latir en una hormiga?

Me hice amigo de Del Prado por una hormiga. Dibujé una y le gustó. Dijo que soy buen dibujante. Traeme un fueye y te muestro cómo dibujo. Porque yo creo que con el fueye se dibuja. Después cada uno ve o no ve. Más o menos como con la música. Dónde habrá ido a parar mi fueye.

En realidad, estoy siempre con un lápiz en la mano: dibujos, tangos, ahora cartas y palitos. Del Prado dice que calcule 500 hormigas por día. Record mundial. Que calcule más o menos cuántas mato por hora, y reste las horas en que estoy dormido o comiendo. O tocando el fueye. O quand je me masturbe. Se reía. De lástima.

Con fueye este hotel sería más lindo. Tocar en el jardín, para las hormigas. Para las hojas. Lidia decía que las hojas y las flores, cuando las regás, se inclinan para agradecerte. Este hotel me gusta por el jardincito. Me pasaría las tardes aquí. ¿Cuántas hojas hay en los árboles? ¿Qué hacen las hormigas? Cuando les silbo un tango ni bola. ¿Son sordas o les gusta la buena música? ¿O tienen la música de las hormigas?

Le conté a Del Prado cuando en Rosario una vez nos rajamos con Lidia al río. Había una piedra y la quise acomodar para que Lidia se sentara. Para qué: un sapito se había escondido bajo la piedra, al lado de un hormiguero con un millón de hormigas rojas. El sapito las esperaba y se las iba morfando de a una, seguramente. Pero cuando saqué la piedra se cayó en

el hormiguero y al instante cien mil hormigas se le tiraron encima y lo dejaron negro, duro y seco como una piedra. El sapito duró un segundo. Nunca se enteró por qué se había muerto el boludo. Había estado comiendo toda la tarde, de a una, cada hormiga con su veneno, pero no soportó que le metieran en el cuero todo el veneno de un saque. Fantástico.

Lidia se asustó y se quiso ir. Decía que podía haber cien millones de hormigas y nos iban a envenenar a los dos. Lidia era así: sentía las cosas de otra manera. Una especie de brujita buena.

Qué manera de desperdiciar la vida, hermanito. ¿Dónde nos equivocamos? ¿Dónde perdimos esas tardes?

¿Te dije que estoy pensando un tango que se va a titular José? Cómo me gustaría estar con vos y con Lidia esa tarde. Un sueño. El río Paraná, hermano. ¿te das cuenta? Te extraño tanto a vos y a Lidia que llegué a pensar cualquier cosa. Como que vos y yo podríamos vivir compartiendo a Lidia. Los tres juntos.

Pero no estamos para eso. Ni vos, ni yo, ni ella. Ni Buenos Aires. Acá en París no son raros esos amores en el ambiente de los artistas. Y parecen felices.



## **CARTA 5**

Hoy quiero aclararte que no tengo ninguna seguridad de que hayas recibido mis cartas, pero sigo tirando al agua anzuelos sin el hilo. Las cartas salieron de acá. No sé si fueron a parar al fondo del mar, cerradas o abiertas. A la próxima la meto en una botella, por las dudas. Y allá irá, con ritmo de olita.

Ya no recuerdo qué te dije en las primeras cartas, así que puede ser que repita cosas, pero creo que nunca va a ser lo mismo. Es como tocar Comme il Faut hoy y tocarlo mañana. ¡Distinto! Siempre lo toco distinto.

¿Cuántas notas toqué en mi vida? ¿Un millón? ¿Cien millones? Nunca toqué dos iguales. Y a cada tango lo envuelve una niebla diferente. A cada pulsión. A veces la niebla no me deja ver nada, pero de pronto se abre un agujero, y por ese agujero sale mamá, sale la pobrecita Denise, y te digo más, sale la chiquita que maté en Montevideo. O sale Lidia. Vos, no: salen mujeres solamente, gil.

Te darás cuenta cuánto necesito un fueye. Lo espero como cuando de pibe esperaba a una piba en la esquina. Espero otra cosa: que me traigan un par de guantes porque se viene el frío. Les corto la punta de los dedos y toco. A las teclas y botones hay que sentirlos con la piel. A una tecla la acaricio, a la otra le toco la espalda, y a otra la castigo. Ninguna es igual a otra. Con los botones lo mismo. Y según el ánimo que yo tenga en ese momento. El ánimo del fueye es más estable.

¿Sabés quién me entendía en esto? El Muchila, Gonzalito, mi amigo, él se daba cuenta, me miraba y me traía una copa cuando la necesitaba. El no me miraba tocar, me miraba cómo estaba yo. No se puede explicar, José, vos lo entenderías si seguiste con la guitarra a pesar de los dedos rotos. El Muchila no me preguntaba ni me decía nada. Miraba atentamente, parecía un ajedrecista.

Una copita de licor funcionaba como si llevara a afinar al fueye. El fueye es una bolsa de tigres, no es joda (¿Por eso me dicen El Tigre?). Vos sabés de qué hablo. Vos tocabas lindo. Al menos hasta que te metieron en cana.

Supongo que te pasó como a mí: la vida. Por qué se te cruzó ese ratero en el bajo, por qué te hiciste amigo de semejante idiota, como si lo hubieras conocido de toda la vida. Bueno, eso no le pasa al borracho berreta sino al borracho leal. Y cagaste. Se te juntó todo. Esa noche tuya fue como mi noche en Malvín, cuando atropellé a la chiquita (pero te la cambio).

Me la imagino otra vez: ni un cobre en el grilo, hambre, sed, casi de madrugada, dos marineritos más borrachos que ustedes hablando en alemán, dos empujones, y la cabeza del alemán directo al adoquín. Eso declaraste y yo te creo. Esto te creo.

Todo viene junto: el otro alemán sobrevive y cuenta los detalles, y tu socio también te encana: vos lo empujaste. Tus socios son peores que los míos.

Al día siguiente mamá se anima y le pide a papá que te busque. Papá la manda a cagar. A la noche cae un poli, explica y deja un papel. Esto no lo viste. Papá se esconde en su habitación una semana. Hasta que empezaron las visitas a la cárcel. Ahí te vieron las manos rotas a palos. Picaduras de mosquitos. Mamá decía que eran de cucarachas de las grandes, que parecían ratas, que venían en el barco que los trajo de Perpignan.

Unos meses después papá agachó el lomo y me vino a ver. ¿Se arrodilló?. Algo así: me pidió, colgó el orgullo en una percha. Y yo ahí, el hijo vago, que apenas se había sacado los pantalones cortos y se había perdido en la noche porteña, y ya en ese momento era un músico conocido que ganaba mucha guita.

¿Cuánto tiempo hacía que yo me había ido de casa cuando caíste? ¿Un año? Era como si hubiera abandonado a la familia. Sobre todo a vos: ya no éramos aquel dúo que había empezado a recorrer los boliches del barrio, vos cinchabas por tu lado por una moneda y yo en cambio la tiraba a tres manos. Por fin, papá. Arrodillado. Humillate es mucho. Hacelo por tu otro hijo que se va a comer quince años sobre. Pero pedime un favor, papá. Por favor, papá, pedime que ayude a tu hijo mayor.

Pero no hacía falta que papá me rogara nada. Yo quería ayudarte y no sabía cómo, José, vos eras mi hermano y mi amigo favorito. Me hubiera ofrecido a ir en cana por vos con tal de no verte ahí, por vos y también por mamá. Creo que si no hubiera andado con guita hubiera afanado un banco para coimear a alguien, pero por suerte había tela y sirvió. Quemé todo lo que tenía, vos lo sabés. Y nunca me arrepentí. Ni ayer, ni hoy. Además, a los dos meses estaba otra vez revoleando billete.

He pensado más de una vez que por ahí el fiscal gordo que me crucé en la embajada de Francia agarró una de las tantas cometas que me sacaron para que vos zafaras de la cárcel. ¿Te conté el episodio del fiscal? No importa. Ya nos veremos, José. Andá comprando vino que tenemos mucho para charlar.

¿Te acordás del día que saliste? “Amigo Arolas”, me dijo Chianeta, el director de la cárcel, y me abrazó como si me conociera de toda la vida. Ese también ligó unos mangos por los informes sobre tu conducta impecable en la cárcel. El mejor del grado.

Yo te compré pilcha nueva, saco, breto, timbo, funyi, vos un dandy. Te quedaba todo grande, ¿te acordás? No había forma: estabas más flaco que este lápiz. Y te faltaban dedos o los tenías encogidos. Era para preguntarle al director si así trataban al resto de los penados y quién se morfaban los dedos cortados. Vos, nada: mirando al piso y escondiendo la mano.

Esa tarde papá no me dijo ni gracias pero me dio un abrazo largo y tan fuerte que nunca me olvidé. La primera vez en mi vida que me abrazó así. Hasta ese momento solamente había ligado cachetazos. ¿Te acordás los brazos que tenía papá? Era un tipo agradecido, al final. Yo había sacado de la cárcel a su hijo preferido. Nada menos.

Durante mucho tiempo pensé que el desalmado era yo porque no quería a papá como debe querer un hijo.

Soñé con él hace poco. Venía con una vela por una calle de París y me llamaba, y yo me escondía detrás de una puerta que no sé a dónde daba. Vení, me llamaba, vení que vamos a conocer a Denise. Yo tenía miedo porque vos estabas escondido para matarme con una lanza como la que tenía el papá de Cháves, el portugués que vivía en la esquina en la casa amarilla, ¿te acordás? Los pibes le decíamos Tikitiki, por el tic nervioso.

¿Vos tenés pesadillas? Yo la mitad de las noches. Y la mitad de las siestas. Con lo de Montevideo, con la chiquita tengo para rato. La última vez, ella llamaba en la puerta de casa, en la calle Salta, pero yo estaba en un auto, ahí mismo, en la calle, todo enroscado en la barra de dirección, entre los pedales. El auto se movía solo, como si estuviera en bajada, y yo no podía hacer nada. Era desesperante el sueño: el auto andaba, yo duro en el piso, pero no me salía ni un grito y pensaba que la iba a atropellar otra vez. Me desperté y a los cinco minutos vino un garçon a golpearme la puerta y me preguntó qué me pasaba. Se ve que en algún momento grité. Tuvo que darme agua porque no podía ni hablar. Flor de cagazo.

Pienso en papá. Pienso en pocas cosas. Un arrastre en el fueye, vos, Lidia, papá y dónde está la escupidera. Antes yo decía el viejo. Últimamente digo papá. O mamá. A ella nunca le dije vieja. Ella era siempre la misma flaquita de rodete y mirada mansa.

Papá era un tipo enorme cuando yo era chiquito y chiquito cuando yo fui grande. Cuando se levantaba era uno y otro cuando se acostaba. Era un reloj: media hora tranquilo, media con la cara de culo. La de cara de culo duraba varias horas.

Ella no se quejaba. De vos, de mí, de que se le había muerto Denise, de que no tenía leña. O cebolla, como para llorar un rato. Era la otra cara de la moneda: papá la cara de culo, ella la cara de la indulgencia, de qué veux-tu que je fasse, fais ce que tu veux.

Pero Denise le torció el brazo: no se recuperó. Cuando Lidia vino a vivir a casa me propuso que la trajéramos a vivir con nosotros, pero ella no quería. La vecina Margarita iba a darle una mano. Margot, le decías, y a ella le gustaba. Yo le tiraba unos mangos. Porque mamá cada día se levantaba menos. Se fue achicando hasta apagarse. Y un día se quedó dormida. Se secó. Antes de venirme para acá fui al cementerio, pero no encontré nada. Me parece que se afanaron hasta el mármol.

Y si hubiera revisado, capaz que ni el jonca estaba, porque recuerdo que era carísimo. Cuando fui a pagarlo le dije al tipo que lo quería sin motor. ¿Te das cuenta de los lujos que me he dado en mi vida?

En unos días estás recibiendo al menos las dos primeras cartas. Es raro esto de anunciarte acá, en este momento, algo que ya te sucedió cuando lo leés allá.

Y yo acá, esperando qué carajo, sin poder hacer otra cosa que recordar y escribirte a ciegas con lo que me queda de ilusión, suponiendo que estás por ahí con este papel en la mano y me vas a escribir.

¿Y si ninguna carta te llega, y todas le llegan a otra persona que las abre? A esa persona la estoy convirtiendo en hermano (o hermana, mejor) del Tigre del Bandoneón, nada menos, y esa persona, con todo lo que ya he contado de nosotros (de vos, José, de Lidia y de mí) podría escribirme una carta. Le ruego, a esta persona que no conozco, que si me responde me envíe su perdón, lo que solo le puede hacer bien al alma suya, y ni hablar de la mía, si la tengo. Es más, podría hacerse pasar por vos, firmar José, porque no recuerdo cómo era tu letra.

Si por lo menos alguien me dijera que las cartas te llegaron (solo una pido), por lo cual vos y Lidia van a saber que estoy vivo, listo para irme a morir al Bichat. Que es un hospital, no un hotel de citas.

¿Y si la carta les llega cuando ya estoy muerto? ¿Cómo van a saber que estoy muerto si les escribo esto? Pero no tengo más remedio que seguir. Además, ahora solo quiero escribirles.

Ultimo deseo, decía un boncha con sogá al cuello. Monsieur le bourreau, s'il vous plaît, lleve esta carta al correo cuando termine su laburo.

Escribirte a vos me suena: no es como oír, pero cuando uno lee y escribe va reproduciendo una voz, la va imaginando, ¿no?. Siempre que algo me sonó, era música, Pero ahora me suenan voces. La mía leyendo, la tuya que imagino respondiendo, la de Lidia comentando la carta. Porque estoy seguro de que están juntos. Digamos que te escribo a vos pero para que ella se entere. No te enojés conmigo a esta hora...

Consejo: si no le mostrás la carta quemala, porque un día ella te va a revisar el cajón y la va a leer. A mí no me revisaba nada, a mí me olía: rubia, morocha, pendeja. Tenía más olfato que vos.

Voy a seguir escribiendo hasta que algo les llegue y yo me entere. Y te repito, el hombre que me puede dar una mano es Tuegols, Rafael, uno de fierro, que si te le presentás con esta carta va a entender y te va a comprar un pasaje a París. O dos: decile al Rafa que se venga. Los tres en París, dos meses. ¿Va bien?

Pero si querés traer a Lidia no me enojo. La paseamos todo el día y a la noche nos rajamos. Me lo merezco: ya pasaron diez años sin verte. ¿O más? ¿O menos? Son seis las cartas, eso seguro.

Llevo la cuenta como la de las hormigas: seis palitos, seis cartas. Me costó mucho la primera. No sabía cómo arrancar. La segunda demoró un rato y la tercera salió como lengua de rana. Y ahora no paro. Es urgente. Encontré el ritmo. Hay como un ritmo para todo, ¿no? El ritmo de las cosas.

Acá estoy tan al pedo que puedo ver el ritmo de todas las cosas. Todas pasan, todos pasan, todos paran, todos siguen. El de limpieza tiene su ritmo de escoba o de trapo, según sea el instrumento. Los mozos saben exactamente la velocidad de sus pasos y con qué pie van a terminar en cada mesa. Afuera el tram pasa exactamente a la hora del tram anterior. Cada cosa y cada boncha con su ritmo, pero también con su velocidad, con su actitud.

Y todo sigue mañana. Hoy hay mañana. Mañana, no sé si habrá. Si hay. O ay. Siempre igual todo, siempre distinto. Dis tinto. Tinto ritmo.

Disculpá las boludeces, pero escribo sin tachar porque quiero seguir pensando en ustedes. Porque no puedo hablarles, porque el botones no me compró papel y lápiz para dibujar ni mi cara en el espejo del hotel. Por ahora estoy, pero se termina la frase y cambia el ritmo porque me voy. Estoy, me voy, ¿ves? Ritmo. Uno a veces camina y otras se sube al caballo, pero siempre hay un ritmo.

Vos tenía eso, ritmo, no solo con la guitarra, y cambio de ritmo. ¿Seguís tocando? ¿Te arreglás con tres dedos? Yo necesité siempre quince. Cuando me metan en el hospital voy a pedir que me agreguen dedos en las manos. Dos por mano.

¿Te acordás cuando entrenabas en casa para afanar billeteras? Sacarle el pañuelo a mamá, sacar una flor del florero sin que se movieran las otras, un fósforo sin hacer ruido.

Mamá siempre te daba la cana y se ponía a llorar. Te imaginaba que caías preso, pero por chorro. Y caíste por chorro, pero homicida, homicida pero boludo. Mamá se murió pensando que nunca ibas a salir.

No es por tirarte un muerto, o una muerta en este caso, pero de eso no se recuperó. En una tabla de cagadas, creo que me ganás por un cuerpo. En la tabla hecha por mamá. En la de papá pierdo feo.

Cuando mamá estaba embarazada, tus cagadas valían doble, porque la jodían a ella y a la beba. Esto lo dijo el médico, no yo. Vos te habías rajado. Pero yo lo escuché clarito y me quedé pensando: por qué no. Son esas cosas que se escuchan y quedan ahí en el bocho. En el de papá, incluso, pero él ahí, quieto, no se le movió un pelo.

Hay cosas que prefiero no recordar. Cosas que son solamente tristes.

## **CARTA 7**

Creo que esta puede ser la última carta, José. O quien sea que la lea.

Por si no leíste las anteriores, te cuento que es la séptima carta que escribo. Pero no escuchar ni tu voz ni ver tu foto ni un garabato me desanima, hermano. Es como estar en el fondo del pozo: gritás y retumba, pero no sabés si llega el sonido, si hay alguien allá arriba, ahí donde no se puede subir.

Mejor me dedico a dibujar. A componer. Todavía tengo que componer esos tangos que vengo amasando. Porque la vida puede ser corta para mí y cuando pregunto si hay prórroga se te caga de risa un gil que te muestra un estetoscopio como si fuera una varita mágica. Yo desnudo y el tipo que te acomoda con las manos frías como si fueras un trapo.

Voy para atrás, vuelvo a ser un trapito, como cuando tocábamos en el boliche de papá y hacíamos valeses y tanguitos con dos guitarras gastadas. Un día, vos le dijiste a papá que yo iba a tocar bien. Ahora yo me pregunto si voy a volver a tocar.

En aquella época no podía creer que tocara con mi hermano mayor, tan grandote y pintón, y que encima me pidiera opinión sobre un acorde, sobre una frase, una melodía. ¿Yo, Lorenzo Arola? ¿Quién soy para decirle algo a mi hermano, un hombre grande, que sale de noche, y que solamente tiene amigos que usan pantalones largos? Yo sabía que tocabas bien. Un buen músico es el que te empuja a aprender porque te muestra lo que se puede hacer.

Yo te seguía y si no estabas te imaginaba en alguna hazaña: mujeres hermosas, asalto al carro del escobero. Pero, de a poco, el maestro, el ídolo, el barrilete que se lucía en el cielo se agujerea, un día empieza a dar vueltas locas, y al final se hace mierda contra el suelo. Contra el suelo del penal y las botas del guardia. ¿O fue una pelea con los anarquistas? Ya no me acuerdo. La cuestión es que la mano quedó por la mitad, y el tipo que me había llevado a la música ya no toca ni la campana cuando sale de la cárcel.

Antes de que salieras hablé con Lidia sobre vos y la guitarra. Le conté cómo tocabas. Ella se quedó pensando: instrumentos que se puedan tocar con una sola mano. Me preguntó cómo eras. En una de esas comenzó a enamorarse de vos ahí, antes de conocerte, de romántica nomás. Me preguntó si no tenía alguna foto tuya con los viejos, para conocerlos. Era lógico, pero yo no me animaba a llevarla a casa. Encima, mamá estaba enferma por lo que había pasado con vos. ¿Qué iban a decir? ¿Si nos íbamos a casar, si tendríamos hijos?

Yo imaginaba que un día papá y mamá preguntaban por la familia de Lidia y yo me tiraba a las vías del subterráneo. Papá y mamá conmigo en Bragado, y yo señalando: de ese cabaret me la llevé a Lidia cuando era una pibita, ese viejo borracho que ven tirado ahí es el padre,

ése es el reverendo tío que la metió en el cabaret y ése el reverendo primito que la violó una noche, con todo cariño.

Toda la historia me la contó Lidia una vez que se vino a Buenos Aires. Seguro que a vos no te dijo nada, para no molestarte. Para que no te enojaras. Porque los hombres somos así: no perdonamos.

## **CARTA 8**

### **Hôpital Bichat (París)**

Acabo de mandar al correo un sobre con la carta que iba a ser la última. No pudo ser la última. Ahora no puedo prometer nada: será ésta, la próxima o la posterior.

Pero el fin de la novela está a unas páginas de acá. Papeles. No sé si voy a vivir lo suficiente como para hacer algún garabato más. Nadie me lo dijo, pero algo nuevo se está acercando. La muerte, que no es muy nueva que digamos.

Ayer a la tarde me revisaron y anoche me trajeron a este hospicio.

En la sala hay cuatro camas con un muerto en cada una. Se escuchan voces pero hay demasiada luz. Está lleno de frascos y palanganas. No sé si quieren curarnos o tenernos limpios. Les voy a poner agua a los frascos con semillas de bambú. Y a ver quién crece más rápido, mi enfermedad o mi bambú.

Te cuento: ayer, después de escribirte la carta, me subió otra vez la fiebre y escupí algo color durazno o más bien sandía. Entonces a la tardecita cayó un médico y me trajeron a este boliche todo blanco. A la hora apareció en la sala una troupe de tordos y enfermeros y me junaron vuelta y vuelta, como un bife. Tosa, respire, tosa, respire, s'il te plaît.

Empecé a toser fuerte para que me dejaran tranquilo. Me preguntaron, me pesaron, me midieron. Si me duele la cabeza, la espalda o el estómago. Si como bien, si cago en tiempo y forma. Encima, hablaban difícil, de medicina, y yo en pelotas. Tuve que escupir tres veces en una taza. Asquerosos.

¿Cuándo puedo irme a casa, doc? ¿Hervir cebolla será bueno para lo mío? ¿Ginebra caliente? Los tipos se miraban y el jefe chamuyaba: patience, tu dois manger, tu dois reposer. Me tocaban la espalda y me contaban las costillas de los dos lados.

¿Cómo será morirse, hermano? ¿Duele? Después te escribo y te cuento. Desde el infierno, supongo. Cuando era chico era terrible el infierno. Ahora pienso que hará calor y me parece mejor que esto de tener siempre frío.

En una de éstas, me encuentro con vos ahí porque te moriste antes. Pero mejor no porque es difícil escribirle a un muerto.

¿Por qué no? Ya te dije: no sé qué fue de tu vida, menos sabría de tu muerte. Lidia no va a estar ahí porque de chiquita sacó pasaje, como mínimo, al purgatorio.

Los tordos que revolotearon en mi sala me escucharon los pulmones con unos tubos. Los que se acercaron usaban máscara. Los otros parecía que estaban ante el precipicio: ni un paso más. Silencio. Ni sin ni non. Al final quería putearlos pero estaba ronco, ni voz, casi ni aire.



Uno me dijo que usara barbijo por la tos y me puso una tela en la boca, yo la hice un bollo y se la tiré. No le dí pero todos recularon, y de a poquito se fueron arrimando a la puerta. Y abur. El barbijo era para no contagiarlos a ellos, pero yo apenas respiraba, ¿cómo me iba a poner un trapo?

Tordos eran los de Buenos Aires. Los del Rawson, los del Ramos Mejía. A los del Ramos les debo el tango.

Cómo será la cosa que estuve pensando en llamar al cura. Por acá anda uno. Hace veinte años que no me confieso. Tendría que confesarme en cuotas.

Aunque esta carta es como una confesión. Todas estas cartas. Cuando meto una en el sobre y la mando siento que me saco una astilla.

¿Podría escribirle una a Lidia? ¿No te enojás? Pensá en eso: me voy a morir. Acordate: fuiste mi padrino de comunión porque papá se las daba de anarquista y me conseguiste un saquito blanco y un moño, pero ahora tenés que venir con la mortaja.

En todas las cosas de pibe que recuerdo estuviste vos y no papá. En las que no recuerdo, ¿para qué estar? Un día me preguntaste si estaba avivado. Después me hablaste de coger, de la paja, de los bebés. ¿Mi hermano se volvió loco? Nunca estuviste tan serio, como un profesor. Supongo que papá te preguntó por mis conocimientos sexuales. Me pasé media noche pensando, con el pitito en la mano. ¿Te acordás de eso? Yo me acuerdo de todo. De los momentos importantes en la vida de un pibe. Vos no tuviste un hermano mayor, en eso también te jodí.

Seguro que te pidió papá, y que te dijo a qué hora podíamos entrar con las minas y te dio las llaves de atrás. Y seguro que te dio la guita para la piba. La cagaste, pobre piba: yo nunca hubiera hecho eso de quedarte con la guita. Yo estaba tan emocionado que no me di cuenta en ese momento. Después entendí por qué la piba se iba tan cabrera. ¿Qué hice? Eso sí, la elegiste bien: piba, como para que yo no me asustara, y vos te quedaste con la gorda veterana. Dulce, la piba. ¿Por qué no le diste la guita? La piba no sabía cómo matarte. Tenía miedo.

Digo que era dulce y se me aparece Lidia. Y en realidad yo tampoco le pagué a Lidia aquella noche en Bragado. Disculpá si te jode el chiste.

Cuántas cosas tenemos que recordar. Cada vez que me acuerdo de algo, algo más me viene. Como esa noche que te ayudé a saltar la pared del fondo, que daba al boliche del colchonero Denaro, y con la vela se prendió fuego. Me acuerdo de las campanas de los bomberos, de todos los pibes del barrio de joda en la calle hasta la madrugada. Yo era el más feliz del mundo. Cuando sea grande voy a rajar por los techos como José, pensaba.

Eso justo antes de mi comunión. ¿Por qué lo recuerdo recién ahora? Supongo que se me junta tu fogata con el infierno: una cosa lleva a la otra.

Estaba duro en ese momento. Tenía miedo de que reírme fuera pecado. Se me paraba y era pecado. Es que todo era pecado.

Una vez, justo en la salida de Santa Lucía, me encontré un billete doblado, un nacional, una fortuna para nosotros, y me lo metí en un zapato. A vos no te dije nada porque me lo ibas a afanar. Eso me tuvo mal. Pero a la semana se lo confesé al cura, de gil nomás.

El cura era peor que vos: me quiso afanar, me preguntó si el billete estaba dentro de la iglesia, pero lo cagué, le dije que estaba en la vereda. Por ahí el cura quería que lo pusiera en la alcancía de la limosna, pero yo ya me lo había gastado casi todo en un cuchillo. ¿Qué querés que haga?

Para qué lo habré confesado. Estuve una eternidad en pecado mortal, por supuesto, porque había mentido durante la confesión. El cura no me dio penitencia porque eso no era realmente una falta. Ve tranquilo, hijo. Pero el castigo fue pensar todo el tiempo en las llamas del infierno. Eso sí: como ya estaba condenado, no paraba con las pajas. Al irme a acostar rezaba por las dudas de que no me despertara.

Cuántas cosas que nunca te conté y ya no tengo tiempo. Encima, se me cruza que las cartas no te llegan y estoy recordando intimidades para que un extraño las lea, se ría, se burle. De todos modos, pronto te vas a burlar de un muerto, reíte lo que quieras.

El infierno es el presente, José, siempre. El infierno es esto, hoy, acá: sentir que estás tan solo que morirse puede ser lo mejor. Tus amigos no están en la esquina, y no sabés si están en algún lado, y la vida es un silbido en el pecho, un silbido en los oídos y un murmullo permanente en un idioma que no es tuyo, que entendés poco y mal. Si yo digo ami, no digo amigo, no digo lo que quiero decir, digo otra cosa, ¿me explico? Si digo bandoneón no digo fueye. Si decís boncha o lompa nadie te entiende. Si mangleas un diario, no encontrás una sola noticia de tu barrio, ni siquiera de la Argentina.

Si llamo a un enfermero, no viene nadie. Y si viene no sé qué decirle.

Tenés que ayudarme a salir de acá. Si me muero que sea en Barracas, hermanito, con olor a tilos. Acá no tengo remedio: o muerto o loco. Y si hasta hoy no me volví loco, prometo que mañana sí.

## CARTA 9

Esta mañana le leí a un enfermero portugués, muy gaucho el tipo, que se llama Ortis, una parte de la carta que te escribí y que te voy a mandar con ésta. Ahora le voy a poner fecha a las cartas para que las tengas por orden: no quiero anunciarte primero que estoy muerto y a la semana siguiente que no me siento bien.

Ortis es portugués, así que entendió todo. O casi todo: pelandrún y fiolo no, pero entendió lo suficiente como para emocionarse. Y eso me emocionó. Cualquier pavada me emociona.

Nos dimos un abrazo y me dijo que iba a venir con un mecánico, que quería presentármelo. ¿Para qué? Al rato apareció con uno al que le decía Dauphin, no sé si como nombre o por su aspecto, un tipo de mi edad que no habla español, así que practiqué algo de mi franchute bonsoir monsieur. Es el que se encarga de las calderas para agua caliente y calefacción. Entre nosotros: acá me cago de frío.

Ortis le contó que yo era el autor del tango El Marne. Entonces Dauphin explicó que se había emocionado mucho al escucharlo. Je l'ai entendu a la radio, me dijo. Deux fois. Merde: ¿me estarán garpando los derechos de autor? Si me la pagan la cobrás vos, José. Comprale unas flores de mi parte a Lidia.

El Dauphin tiene un hermano mayor que perdió una pierna en una trinchera durante la guerra. Viven juntos. Michel contó que lo abraza para salir a caminar de vez en cuando.

Esto me batió: Nous sommes deux, mais avec trois jambes.

La plus belle chose maintenant, c'est que quand nous marchons, nous passons une demi-heure à embrasser mon frère. Algo así me dijo, creo. Tu francés es peor que el mío, pero se entiende.

Ahí nos quedamos quietos los tres. Un segundo. Fue un abrazo. Trois jambes.

Me empezó a doler un poco el pecho, pero por el esfuerzo para que la emoción no me avergonzara. Fue del lado izquierdo, menos mal: ahora me duelen igual el derecho y el izquierdo. Me calmé gracias a una botellita que el amigo Ortis trajo escondida en el morral, un maestro.

El Dauphin me dio un abrazo fuerte y me dijo que iba a rezar por mí el domingo en Saint Médard. ¿Rezar por mí? Sospecho que Ortis ya le contó sobre mi futuro más bien dudoso. Yo le encomendé unas oraciones a Saint Pérignon. Cuando empecé a toser fuerte se rajaron. ¿Qué iban a hacer?

Me vendrías bien aquí para ir conmigo a rezarle a este santo o a otros parecidos. Ortis es demasiado abstemio y no sabe lo que es un fueye. Necesitaría, aunque sea una noche, caminar por esas veredas en las que se escucha el tango a media cuadra. Pero aquí sobran los boliches. En algunos toman el té escuchando una orquesta de tango. Nosotros caemos un rato después, y no la pasaríamos mal: vos y yo, espalda con espalda por esas calles de ma-intenon.

Podemos ir al Garrón, el bolichón del amigo Pizarro, al que ya no veo seguido. Mañana sería un buen día, creo que es sábado. Buen tipo Pizarro. El primero que me dio una mano cuando llegué de Montevideo, pero sus amigos son todos parisinos. El patrón del cabaret L'Abbayé, un tal Bonami, por ejemplo, siempre se cabreaba conmigo, si yo llegaba temprano porque jodía con sus minas y si llegaba tarde porque tarde. Los patrones franceses no son como nosotros. El de Ourse, lo mismo: que usted toma, que usted se duerme. Rajá de acá. No me garpó, pero le dejé como cien botellas vacías.

Nosotros sí que éramos patronos, ¿te acordás? El Garufa era el mejor boliche del barrio. El mejor salame, bien picante, el mejor vino. El salame barato te daba sed y el alcohol bien caro: todo caja. Luisito era mejor socio que yo. El morfi, no tan bueno, pero más barato que un charco. Y con la bebida Luisito te mataba. Si vos y yo le hubiéramos dado bola hoy andaríamos en autos de seis ruedas.

¿Quién no conocía el Garufa? Estoy seguro de que cuando Pizarro fue al Garufa se llevó varias ideas para meterlas acá en París: las tabas clavadas a cuchillo, los tiros y las varas de carro en la pared. Así se hacen las fortunas. Nosotros la gastamos en arreglar con la poli y con los inspectores, el resto lo perdimos con los mangueros.

Buen tipo Pizarro. Como músico, era buen armador de laburo, de cuartetos, de tercetos, siempre conseguía un mendrugo para todos. Vos caías con un sonajero y te conseguía laburo. Yo creo que mientras tocaba estaba pensando en cómo armar otro grupo y dónde colocarlo.

Demasiada polenta para mí. Le faltaba garufa, noherma. El insistió en cagarme la vida con este hospital. Me trajo porque hay un médico que es fanático del tango y del Garrón pero todavía no apareció, y Pizarro tampoco.

Nosotros desbordamos de garufa. El mundo estaba en guerra y nosotros en el Garufa. Bardi, Roccatagliatta, qué música. Y por eso nos fumaron en pipa. Incluso a mi socio. Ahora, aprovecho y te canto todo, José. Yo estaba enfermo con el fueye, lo mío era El Armenonville, era Montevideo, Rosario, el Tabarís.... Yo era la noche de Buenos Aires. No hacía guita, hacía baúles de guita. Si no era el trío, era cuarteto, era sexteto, y encima habíamos empezado a grabar, y todo eso tapaba lo del boliche. Vos no me cuidaste las espaldas. ¿Cómo pensás que se mantenía esa joda, todos curdas y ninguno ponía un cobre? ¿Te acordás de las peleas con mi socio? Y vos, peor que yo: cuando Luis largó, convidabas como si fuera agua. ¿Cuán-

tas botellas vacías había en el sótano cuando cayó el embargo? ¿Dos mil? ¿Cinco mil? ¿Fabricabas botellas ahí? ¿Tuviste idea de la guita que perdimos? Quedé desnudo como un pelo, hermano.

Pero lo peor que me hiciste fue cuando me fui a Córdoba y se apareció Roberto Firpo, lo trataste como a un amigo, hiciste que tocara un par de temas. Vos sabés cómo terminó mi relación con ese boncha. Mal vos: eso no se le hace a un hermano.

El tipo me había discutido una nota. ¡Una nota! No existe una nota, amigo Firpo, existe un mundo en una nota, existe una sucesión de notas en un instante, existen todas las notas en una sola, existe una tensión musical en un momento. En fin, no entendía nada el tipo. Después él dijo que nos peleamos por una cuestión de guita. Mentiras. Y vos lo trataste como si fuera alguien.

No importa ahora: hasta que no me tome la mitad de lo que se tomó en las mesitas del Garufa no me quiero morir. Y antes vamos a ir a un billar que está acá, en la avenida de L' Opera. Te sirven unas copas grandes con ron, cointreau y jugo de limón que te parten al medio.

Vamos a volver a cuando repartíamos Merck en el Garufa. Acá es otra marca, pero hay de sobra. Con un poco de Merck se me va la fiebre y me como crudo al médico.

Acá me van a dejar salir. Saben quién soy. Me consideran. Le dibujé un cartel a una enfermera y le pedí que lo ponga a la entrada. Es un cartón con un fueye dibujado que dice "El Tigre del Bandoneón est hospitalisé ici". ¿Lo pondrán?

## **CARTA 10**

### **París, setiembre de 1924 (2)**

Estas es la segunda carta del día. Estoy enchufado, pero me duele la mano ya. Ni cuando laburaba de dibujante en la imprenta del tano Scrivano, ahí en avenida de Mayo, me dolió tanto la mano derecha. Tano abusador: quería que los domingos fuera a laburar hasta mediodía. ¿Y la misa? Y el tano me decía que había misas a la tarde. Encima, como vivía de la quiniela y yo era muy pibe, me hacía llevar y traer guita cuando cerraba el local.

Si hubiera visto cinco billetes juntos me los llevaba a casa, pero vos me hiciste ver cómo era la cosa. ¿Te acordás de ese tano mafia? Ojo que con esta gente no se jode. Los pibes se le animaban desde la puerta: signore Scrivano? Prendi questo con la mano, y araca. Pero nadie lo afanaba, eso sí.

Hablando de derecha, me duele hasta el codo, y el resto del cuerpo también. Vinieron a enchufarme no sé qué porquería para ver si me alivia. Yo pedí que me la mezclaran con anís y jengibre, que Lidia decía que era buen caldo para la respiración. Pero no hay jengibre.

La abuela que la había criado tenía una fila de frasquitos con yuyos mágicos y solamente ella sabía lo que había. Manzanilla, menta, caléndula, romero, salvia, diente de león, duraznillo, toronjil, de todo tenía. Hierba del chancho, muña, llantén. Lidia se había llevado algunos yuyos en frasquitos al burdel. Supongo que contra la sífilis y el preñado.

Inguna, se llamaba la vieja, y decía que era descendiente de un noble de la zona de Lituania. Como todos los rusos. Eso contaba Lidia, mitad con bronca y mitad con una sonrisa.

La Inguna cuidaba a dos nietos sin madre, Lidia y Leonardo. Pero la madre de Leonardo no había muerto en el parto, como la de Lidia: cuando el pibe tenía cinco años la mina se fue a la mierda con un vendedor de telas italiano que pasó por Bragado. Era loca por la seda italiana y fue a comprar al hotel donde estaba el tano, y nunca más la vieron.

A la Inguna le tiraron todos los fardos. Encima, Leonardo tenía tu capacidad para rajar como gato por los techos, mamado y sin despertar perros.

Volví a la casa de madrugada, justo cuando la abuela Inguna estaba por levantarse, con olor a ginebra y algo que se había afanado: un farol, un cuero... Lidia no sabía si reírse o llorar cuando me contaba. Ella no había cumplido dieciséis y él ya se había doctorado como turro.

Un día volvió menos mamado y más temprano, se metió en la cama de Lidia y la violó. Las manos en la boca para que no gritara. Al día siguiente la rusa vio sangre en la cama, le vio marcas en la cara a Lidia, y empezó a sospechar. Una semana después Leonardo fue a parar a Victoria, del otro lado del río, a la casa de un chacarero pariente a laburar con chanchos.

A Lidia, el padre le pegaba cada tanto un sopapo, sobre todo si estaba chupado, y comenzó a fajarla más seguido. Un día se zafó el viejo y Lidia se escapó al colegio de monjas, pero las monjas la trajeron de vuelta, y cobró más. Hasta que se la entregaron a un hermano del boncha, tío de Lidia, que estaba a cargo del burdel, uno muy conocido que está en el camino de entrada a Bragado.

Según Lidia, la mujer del dueño era bastante buena, y prefería eso antes que vivir con el padre, que la fajaba cada día con más esmero. Le pregunté a Lidia si quería que fuera a matarlo con algunos pesados pero se asustó.

Ahí la única buena era ella. Y hasta nosotros éramos buenos al lado de esa gente. ¿No te contó nada de esta historia? Olvidate, en ese caso. Yo me acuerdo.

Y jodete si son cosas que ya sabés, no tenés más remedio que aguantarme porque esto es una carta y solamente podés leerla. Y porque ya vas a tener tiempo de decirle a Lidia lo que quieras de mí. Podés decirle que soy un tipo rencoroso. O incluso que estoy muerto. Lo que vos quieras, es tu ventaja. De todos modos, eso es el futuro lejano para mí, y nunca sabré que pasó.

## **CARTA 11**

París, setiembre de 1924

Lugar y fecha, José. Todavía se dónde estoy, más o menos. Y cuando se fueron los enfermeros que caen temprano les pregunté qué día es. Les dije: ya es primavera en Buenos Aires, muchachos, allez tous ensemble, giles, primavera día y noche, allá la primavera dura cuatro meses, hay tilos, eucaliptus, todos los jazmines, lavandas, pino y tomillo, ¿qué hacen acá con este frío, mamertos? Vamos, yo pago una vuelta en el café La Buseca y a las once de la noche nos vamos todos, empieza la milonga y está llena de papusas en flor que te miran como si vos fueras lindo, ¿dónde más pasa eso?

Y encima te abrazan para bailar y para ofrecerte el aroma con que se humedecieron el pelo, el cuello, los hombros y no quiero saber más.

Me miraban preguntándose si yo hablaba en serio, lo mismo que me preguntaba yo. Alguna vez hablo en serio, les dije.

Y no les conté de la dama de noche que tenía en el fondo de casa, ¿te acordás? Cuando florecía largaba un perfume que se olía desde la esquina. Lidia le decía al talabartero, Viola, ése que vivía al lado del tano, que la nuestra tenía el aroma más fuerte que la de él.

A Lidia le gustaba regar las plantas. Les hablaba: el agua no les hace nada, chicas, el agua es mansita. Ahora miro este jardín y pienso en ella y su regadera. Una tarde compuse un tango mirándola regar. Se me ocurría una frase y la anotaba. Ella seguía regando. Volvía, otra frase. Y así. Creo que Fuegos Artificiales salió así. Después se lo pasé al pelotudo de Firpo.

Carajo. Me acuerdo de Lidia y no puedo explicarte lo que me pasó con ella. Aquella noche en Bragado, cuando entré al puterío, no vi más nada. Los otros veían tetas por todos lados, yo la veía a ella.

Era mi primer amor. Qué boludo, ¿no? Yo era un pendejo, y ella una pendejita. No sabía qué se hace en esos casos. Estuvimos en la catrera hasta la madrugada. Yo la olía y ella se reía. ¿Qué hago? Pensaba que en unas horas me iba de ese lugar y que la iba a dejar en manos de tremendos hijos de puta y de otros hijos de puta que se la iban a coger. ¿Qué hubieras hecho vos? Nunca más la vería.

Lo decidí de pronto. Pero ella no entendía bien mi idea. Nos vestimos en silencio y salimos. Todavía estaba oscuro, todo era silencio. Un vaguito que hacía la limpieza estaba medio dormido sentado, afuera, apenas amaneciendo, y sólo se animó a mirar. Le dejé un billete en la mesa y nos subimos a un caballo sin montura. Ella sabía cómo hacer, pero no entendía qué estaba pasando.

En el camino al pueblo le hablé al oído. Hacía frío a esa hora. Ibamos los dos como en una carpa, bajo un poncho, pero llegamos rápido porque ella rsquívó la ruta para que nadio nos



viera y se metió a campo traviesa. Incluso me cagué todo cuando se mandó por un arroyito y cuando nos corrieron unos perros. Al llegar al hotel atamos el caballo a una reja y sacudí la puerta hasta que se despertó una mucama. Al rato, estábamos con los otros dos del grupo, Ricardi y el Rafa.

Me escucharon, se miraron, me miraron, silencio, vuelvo a explicar. Y así otra vez. Ellos entendían menos que Lidia. Sabían que tenían que putearme, que no hiciera locuras. Pero no. Yo les estaba planteando algo definitivo en mi vida. Lo entendieron. O no. Pero me vieron a mí. Era lo mío. Y me ayudaron. Agarré una manta, la cubrí y terminé de armar mi valija.

Salimos bien temprano, para que nadie corriera la noticia. Imaginate: Eduardo Arolas se va con una chica del cabarute.

Se empilcharon y nos fuimos a la estación en una galera. A ella la escondimos en un depósito. A media mañana conseguimos unas galletas y agua para el mate en un almacén. Y en algún momento escuchamos el silbato del tren. Y diez minutos después, mientras ella se alejaba de la ventanilla para que nadie la viera, escuchamos el silbato del guardia. Nunca tan escuchado. Entonces ella se acercó a mirar cómo todo se iba detrás del vidrio, cada vez más rápido.

Mejor paro acá. Además, me sigue doliendo mucho la mano. No sé si cuando salga de este hospicio podré tocar el fueye, bien cadenero, como me gustaba a mí. Voy a tener que hacer ejercicios. De esos tipo paja, tipo lavarte los dientes o escarbar la tierra. Si no me cortan los dedos, como a vos.

Te digo más: prefiero que me corten una gamba, y que sea la izquierda porque en la derecha el fueye me sale con más brillo.

Bandoneón, justamente. Mi bandoneón. Lo que me falte de cuerpo va a llenarse de fueye, ¿cómo explicarte? Y así como estoy, puro hueso, me lo vuelve a llenar. Cuatro teclados, dijo uno. Necesitás cuatro manos, José. Un órgano en el estómago. Que te sube al pecho, te aprieta la garganta y te deja sin respiración y sin vista. Vos sabés. Cuando terminaba algunos temas hacía como esos cirujanos que están una hora doblados delante de uno que puede morir y que cuando se sacan la máscara, todos transpirados, es como si resucitaran. Eso mismo, vos sabés.

Ayer me consiguieron un tintero, pero faltaba tinta y la pluma escribía en alemán, así que otra vez al lápiz, que es más laburo para los dedos. Y se les acabó el papel.

Acá hacen poco, pero todo para que no nos veamos. Pregunté dónde está la oficina de reclamos y me dijeron que mañana me llevan. Nous allons exiger qu'ils installent un bureau de réclamation. Parece joda.

Tengo que hacer varias demandas: citar a mi abogado, a mi representante artístico, don Manuel Pizarro, que acaba de ser nombrado por este servidor en este momento, y al cónsul

argentino. Se llama Patatouskas, ¿cómo es posible? Yo le digo como el tango de Villoldo, Criollo Falsificado.

Y si no quieren nada de eso, que me traigan el fueye, o los elementos para armarme uno: madera de haya, pino abeto, nácar. Voy a tardar demasiado para lo que me queda. Sierra, cepilladora, los peines de zinc, ¿y dónde consigo madera de haya? Monsieur, avez vous du bois d'hêtre? Quién se habrá quedado con mi fueye querido. Te lo encargo, hermano.

Uno de los médicos me dijo que haría todo lo posible por conseguirme uno. Urgente, doctor. No me alcanza con escribir una carta o veinte cartas que no sé si van a terminar en el mar o en un brasero.

No me alcanza con dibujar en una servilleta de papel, como hacía en el bodegón de la calle Progreso. Tengo demasiada bronca para un dibujo. Lo que tengo que decir lo puedo decir solamente tocando, tocando mi fueye.

Extraño tanto que me ahogo. ¿Y qué es lo que extraño? No sé. O al revés: como me estoy ahogando, quiero volver. Y el fueye es mi vereda, mi barrio, mi sangre. Esto que está acá adentro. Mi respiración.

¿Cuándo lleva armar un fueye? ¿Una semana? Si tenés los materiales, laburando 10 horas por día. Y otra semana para afinar. No sé si llego, José. Dos semanas. ¿Cómo hacían para hacer un tango cuando no había fueye? Me imagino: música de tiovivo (la que compone Firpo, hermano).

Esto se pone lindo, che. En cualquier momento se arma el bailongo. Trajeron un aparato de radio y lo pusieron en el jardín para los pacientes que no están encerrados. A mí me llevaron a mediodía. Pasaban música clásica y jazz. Me aburrí un poco pero el jazz atrajo a una lombriz. Avanzó sobre el ladrillado y se acercó a mi silla hasta que se dio cuenta de que no iba por buen camino. La pisé con un palito y se retorció (como verás, me pude agachar hasta el piso).

El bicho parecía una mina en la catrera. Abría y cerraba como un Doble A. Pegaba unos saltos que parecía la última vez. Y era la última vez si se quedaba ahí. Al rato, con el sol, iba a parecer una ramita seca pegada al ladrillo. Como voy a quedar yo, retorcido y negrito. La levanté con el palito y la revolí al pasto.

¿Te acordás cuando íbamos al río a pescar? Nunca sacábamos ni un bagre pero era la mejor joda de la bandita. El barro. Los mosquitos. El fuego. Los boludos que se caían al agua. La lombriz en el cuello de Mangone que nos puteaba en italiano. Un día nos olvidábamos el anzuelo y al siguiente el hilo.

Mangone le puso un par de lombrices en el pelo a una piba, que se volvió loca, hasta que la abrazó, le sacó las lombrices y quedó como un héroe. Y se volvieron del brazo.

El fue el de la idea de sortear el único bagre que sacamos en dos veranos. El sorteo fue una ceremonia en la esquina de casa. Papelitos, números bien revueltos adentro de la gorra, todo legal. Cuando terminamos, el bagre ya estaba podrido. Por suerte se lo sacó el loco, Roncatti, que cocinaba para él y el hermano porque la vieja laburaba todo el día en otra casa.

Una tarde nos tomamos un tranvía con Roncatti y nos metimos en un tugurio todo oscuro por la zona de Flores, cerca del cementerio. Había un galponcito donde pasaban una película pornográfica. Se llamaba La Vida Intima de no sé quién, una francesa. Las ventanas estaban tapadas con mantas. Garpamos una fortuna, carajo. Había un montón de pibes como yo y otros grandes como vos. Los pibes todos locos. Las francesas todas en tetas. Y cuando empezábamos a gritar el tipo salía y nos amenazaba para que no hiciéramos quilombo. Vamos todos presos, decía revoleando un palo.

## **CARTA 12**

Paris, 21 de setiembre de 1924 (3)

Es la tercera carta del día. Voy a contratar un correo propio. Esta es cortita, porque tengo sueño. Además, me cansaron. Antes de la cena vinieron dos médicos que no conocía. Me medían las costillas. Y me apretaban. Se fueron cuando empecé a toser con todo. Y no tengo ganas de comer. Pedí una copita de champagne.

Mientras me la traen te cuento que pasó el médico que me prometió el fueye y le dije que pongan tango en la radio, y ahí le batí que yo había compuesto El Marne. No tenía idea el tipo, pero me recordó que unos días atrás habían celebrado los diez años de la batalla del Marne. Carajo, nadie me dijo nada.

La cuestión es que el tipo se interesó y ahora sí creo que tengo alguna chance de que me consigan un fueye. Dijo que iba a ir a la embajada, pero le pedí que lo busque a Pizarro, que él seguro que tiene uno en alguna de sus orquestas. Pizarro me llevó varias veces a mi hotel y puede ir y retirar el fueye mío, que debe haber quedado en mi pieza. En la tapa del fueye quedó una pulserita de cuero y acero de Lidia, lo único que tengo de ella.

Pizarro no me da bola desde que lo eligieron presidente al que era embajador, Alvear, y se fueron juntos a Buenos Aires en el mismo barco. Y se quedó allá hasta que Alvear cazó la manija.

El hotel mío queda cerca de El Garrón, así que si me llevan yo lo reconozco. Pero nadie me da bola acá. Pedí mi pantalón y mis zapatos. Pedí una copa de champagne. El diario de ayer. Que pongan más cerca de mi ventana el aparato de radio. Nada. Ni un actuario que tome nota de mis necesidades.

¿Cómo les explico lo que es un fueye para mí? Traiganmelo y les muestro. A mí me conocen sin fueye. Con fueye soy otro. Ni al lado, ni arriba ni abajo. Me inundo de fueye. Lo toco con las pestañas. Con las uñas. Por eso me dicen El Tigre. Me sale de adentro.

O será que el fueye me toca a mí. Y a veces no me doy cuenta de lo que pasa: ni quién toca a quién, ni qué tocamos, y mucho menos por qué, para qué.

Acá hay buenos fueyeros, pero debe ser por el aire que no suenan igual que en la calle Corrientes. Me decía Walter, un bailarín de tango y chamamé que vino a juntar monedas en las plazas de París y se cagó de hambre: "Un holandés no puede tocar una zamba".

Cuando venís para acá, es lindo, pero lo mejor es volver. El primer viaje lo hice con Alice, la secretaria del embajador francés. Creo que te conté. Yo viajaba en tercera con un boncha que tenía un restaurante en Almagro y los padres tenían el suyo en París. Una vez fui al boliche, Le Coq Hardi, y toqué un rato. Me tomé un par de botellas de Curvoisier.

En la tercera del barco me cagaba de frío, así que me mandé al camarote de Alice, que estaba en primera. Era grande como un comedor, pero además tenía una escalerita para subir a un balcón preparado para comer. Agua caliente. Otra escalerita, para subir a una terracita abierta, exclusiva del camarote. Pedíamos el morfi ahí cuando no soplaba el viento. En ese viaje me gasté en propinas lo que vale un auto.

Era una maravilla tirarse en la reposera cuando salía el sol sobre el mar, cosa que nunca pude hacer, y cuando anochecía, que durabas un minuto por el viento frío. Prefería bajar al salón, pedir una copa y perderme mirando el ritmo de las olas y de las estrellas. Y si caía una estrella fugaz nos íbamos a coger porque traía suerte. Decía Alice, con tal de coger.

Dos semanas de viaje en barco son suficientes. Y dos meses en París también. La primera vez que vine a Francia estuve seis meses, después ocho y esta vez ya llevo seis. Uno peor que otro. Pero por ahí zafo y éste es el último.

Me voy a dormir. Feliz primavera, aunque esta carta te llegue en diciembre. El tiempo es solo tardanza, dijo alguien.

## **CARTA 13**

París

José, si le cuento esto a alguien no me cree: le estoy escribiendo al hombre que se llevó a mi mujer, que es mi hermano. El tipo me va a preguntar si yo lo trataba mal a mi hermano, o sea a vos. Le diría que no, que lo ayudé a salir de la cárcel y lo llevé a vivir conmigo, a mi casa. Estaba condenado por lo menos a diez años de cana.

Me va a preguntar qué le pasó a mi hermano, o sea a vos. ¿Qué le digo? Primero, que ma-taste a un marinero alemán. Fue un accidente, querías afanarlo, no más.

En cuanto a mí, le puedo decir, para que entienda, que te cagué porque cuando me hice famoso y empecé a tener cartel y guita te dejé en banda, me fui para tocar con Agustín Bardi, con Tito Roccatagliatta, con todos los capos del tango, para viajar a Rosario, al Uruguay, a Francia. Tocaba con Julio De Caro, ¿entendés? Le agrego que no los iba a ver nunca a mamá y papá.

Y que a Lidia dejé de darle bola después de lo de la embajada. Peor no me puedo presentar. Pero le aclaro que la había sacado del prostíbulo, que le había dado mi vida. Y un día, a la mierda todo, y acá me ves, mirando el techo, endurecido de frío.

Será por eso que pienso en un abrazo. ¿Es cursi? A esta altura, me importa un carajo. Pienso en el hule de la mesa de la cocina, ¿es muy cursi? Allá, en casa. Recibir un mate. Ver a Lidia y decirle que soy un burro cansado y que me dé la mano para llegar al disco, último, sin fusta ni estribo, ni montura como la madrugada que nos fuimos de aquel puterío en un caballo en pelo.

El único caballo que yo había conocido era el de una calesita que estaba cerca del teatro Colón. Lidia cazó las riendas firme y yo atrás, abrazado a su olor inconfundible, como borracho que no sabe a dónde va pero no le importa, ni sabe si va o vuelve. Lo parió, hermano.

Si un día me ponen una venda en los ojos y tengo que oler a Lidia entre cien mujeres, me caigo delante de ella. Y le beso los pies, como el primer día. Ella se reía. Cosquillas.

Llegué hasta aquí, esta cárcel de París, y es poco. Es nada. Una vez que estás acá, te das cuenta que es nada. Pero valió la pena. Nada pero fantástico.

Ahora, lo único que me pasa es mucho: escucho o sueño melodías que tocaría en el fueye y me desespero porque se me van, pestañeo y se me van porque no las escribo ni las retengo, pero las escucho, te juro, como si las hubiera tocado en algún momento. Esto me suena, pienso. ¿Lo escuché o lo soñé? ¿Será bueno para la música esta situación?

Sueño cosas que vivimos aquel año o dos o tres que viniste de la cárcel a casa. Y de mucho antes: de aquel palo que lustraste y le ataste un piolín como riendas. Y me lo diste en mi cumpleaños.

Carajo, lo que es la mente. Del caballo que no llega ni último al disco, me paso al tobiano en pelo con Lidia y de ahí al de madera que me regalaste cuando tenía tres años. Todo al trote. Los recuerdos entran al trote, tienen su ritmo.

Con Lidia íbamos en una galera negra y blanca a Palermo, alguna tardecita de verano. Llegábamos al paso y ella elegía el trote para irse. Yo me bajaba en la puerta del Armenonville y ella se daba vuelta para mirarme cuando el conductor soltaba el freno.

¿Qué pensaba Lidia? ¿Que adentro miles de mujeres me esperaban? Era cierto, pero ninguna me quería al menos como la quería a ella. Yo pensaba que se iba a casa, a regar las plantas o preparar unas empanadas para el almuerzo. Y también era cierto. Pero...vos la estabas esperando. ¿O no?

Si no, por qué nunca se bajó en la puerta del cabaret y entró conmigo. Nunca se enojó, nunca se dejó llevar por alguna bronca pesada. ¿Ya estabas vos para entenderla? ¿Por qué carajo a veces me acuerdo de mamá, José, que era mansa coo Lidia? Será porque estoy viejo o boludo. O moribundo, que es un atenuante. Y en ese caso, quizá venga mamá a darme la mano.

## **CARTA 14**

Iba a empezar esta carta pidiéndote disculpas por la hora. Porque ya es hora de la siesta y te puedo despertar. Qué nabo. Ni siquiera sé si estás vivo, en Argentina o en Japón. La escribo igual: no sé a qué hora puede aparecer el empleado de un correo y abrir el sobre por curiosidad, porque viene de Francia. Y a la mierda.

Estuve toda la mañana medio mareado pero pude escribir. Quién sabe si me envenenaron a medias, o están calibrando la dosis. Después fue un poco mejor: me llevaron en una silla con ruedas al jardín, con una manta. Pedí miguitas de pan para tirarles a los pájaros y me las prometieron. Cuando traigan, los pájaros se habrán cagado de hambre.

Me vinieron a buscar porque no podía subir el escalón. Me está costando caminar. Y no caminar también. Cualquier esfuerzo me cuesta, salvo mojar esta pluma en el tintero. ¿Me entendés la letra?

Es el escalón de la muerte: si no lo subo me mata el frío o el hambre. Vinieron cuando empezaba a lloviznar. O sea, pude parar la lluvia hasta mediodía. Mientras tanto los pájaros estaban a punto de guarecerse bajo mi silla. Me parece que no asusto a nadie ya.

Hay unos negritos, como gorriones, que laburan mucho. A mí con el fueye me gustaba imitar con la mano derecha el picoteo de las gallinas. Estos parecen zapateros clavando tachuelas. A lo lejos son piedras negras. ¿Moro? ¿Estornino? No sé cómo se llaman acá. Andan medio juntos. Pican tres veces y miran. Supongo que a los gatos. De a poco se van corriendo de zona. Se acabó el alimento o se aburren. Como que van de boliche en boliche. Y si asoma otra especie le sacan pecho: éste es mi boliche ahora. Hasta que se rajan de a uno, saludan y se convierten en un silencio, y de repente no quedó nadie. Tordos, eso son. Me hacen acordar de los médicos cuando me vienen a revisar y se van yendo de a uno, y el último saluda con vergüenza. Por eso les dicen tordos.

Ahora van a venir de noche, porque pusieron una luz exterior. Los pájaros, digo. Si fuera pibe me arrimo con la gomera y la rompo para que puedan dormir don estornino y su chica. Había un farol igual a dos cuadras de casa, y una noche hacíamos puntería con el gordo Cardozo, que rompió el vidrio, hasta que un sereno empezó a los pitazos.

Uno de mis primeros tangos se llamaba Farolito Bailarín. Primero iba a ser Denise. Dedicado. Pero me daba pena por mamá. Ahí quedó el tango. Farolito por lo pequeño y frágil. Dulzón y tranquilo. Lo toqué una mañana, en casa. Le dije a papá y no quiso escucharlo. Por eso le cambié el título. Y no lo escribí ni lo volví a tocar. Hace poco recordé una frase de la melodía. Pero sin fueye es como leer en la oscuridad...Qué botón, qué tecla, qué presión, cuánto tiempo, cuánto abro. Estoy manco así. Es como cazar mariposas: me vuelan alrededor, pero me afanaron la red.



## **CARTA 15**

París, ¿hoy es domingo?

Acá estoy, José, saludos a Lidia. Disfrutando del último domingo de otoño en un París que no me quiere porque me está matando de frío. Y no te puedo dejar. Cuando leo que zarpa un barco, aunque sea un carguero, ahí agarro el primer papel que encuentre. Y te cuento las últimas novedades. O sea nada. Recién pasaron dos médicos. Antes de la cena (que no voy a comer). ¿Adiviná qué pasó? Nada.

Vinieron con máscaras, me husmearon un poco los pulmones, me escucharon. Siempre lo mismo. Eso sí, antes me pedían que tosiera, ahora me piden que no tosa, que respire tranquilo. Gracias que respiro, doctor, no joda. Me miraron, anotaron algo, me piden que tome agua bien sentado para no ahogarme, que coma, que estoy flaco, que cague, y se fueron. C'est tout.

Te escribo sentado en la cama, con lamparita en la mesa de luz, y dos almohadas para toser menos. Soy un privilegiado, soy el único con lámpara acá. Mantas para el frío que se ha puesto pesado. O sea, escribo porque no puedo dormir. De noche el frío me hace doler las piernas y no paro de moverlas, pero no puedo porque me canso. En verano también tenía frío, no sé si por la humedad o la mala sangre.

Me tapo con cuatro mantas. Acá tapan todo con mantas. Deben ser las que hacían para la guerra y sobraron. Pero ninguna tiene agujeros de balas. Se ve que no les llegaron las mantas y se murieron de frío. Y zafamos las mantas. Por mi lado prefiero morir aplastado por las mantas y no de frío.

Mañana me voy a levantar temprano. Me llevo un par de estas mantas y al jardín. Además de fueye, me falta un buen mate en esta cárcel. Tengo que pedir urgente que me traigan eso. Como verás, todavía tengo planes.

Si me traen el fueye será un fueye mañanero. Nunca toqué de mañana. No es mañanero cuando todavía no te acostaste. En Buenos Aires siempre dormí me aconsejaron dormir hasta las dos de la tarde, hermano, porque nunca me acostaba antes de las seis.

Ni siquiera en los viajes en barco. Había cada orquesta que te daban ganas de tirarte por la borda, pero tampoco me podía acostar temprano y prefería caminar por cubierta mirando el mar. Demasiado grande el mar como para concentrarme en otra cosa que el mar y una copa de vino. ¿Habrá alguna correspondencia entre el movimiento del mar y el del líquido de una copa? Así como la luna atrae al mar, así me atrae la copa.

¿Los líquidos se atraen como los cuerpos, como los que me atrajeron a mí? Líquidos y sólidos, claro. De todos modos ahora las noches cambiaron. Son más oscuras, más frías. Más largas. Debe ser por los gases que se tiraron en la guerra. El humo de los incendios. Pareciera que últimamente los pájaros cantan menos.

Hasta las abejas hacen un zumbido más apagado. Las abejas que ya están en pleno invierno se esconden. Me consolaría oírlas. Ahora solo escucho palomas y mirlos y alguna graja perdida. En el verano, tirado en el parque y de noche, escuchaba todo el universo, las abejas, los escarabajos laburando, el perro que ronca. Escuchaba a las gaviotas zapateando el césped para que aparezcan las lombrices. Yo tenía un oído extraordinario. Ahora solo oigo lo que me conviene.

Vos tenías olfato o eras un gran bolasero. Acabo de oler que esa mujer tiene un embarazo de un mes. Estoy oliendo que dando vuelta la esquina viene el carro del lechero con leche podrida. Huelo que detrás de esta puerta hay un perro descomunal, rajemos. ¿Quién te podía decir que no? El lechero.

## **CARTA 16**

¿Adiviná dónde estoy? Acá, efectivamente, semisentado para no ahogarme. ¿La pleura, doc? ¿Inflammation pleurale. Pleure, pleure urutaú, dans les branches du yatay. ¿Te acordás? Es lo único que recuerdo del colegio. Cuando recito viene algún enfermero y me pregunta qué necesito.

Estoy tapado con una lona, como en una carpa. Me meten oxígeno para que respire mejor. Anoche me costaba más respirar que estar despierto. No hay jardín por ahora, carajo.

Ahora no me ahogo, pero me quedo sordo con el ruido que hace esta máquina. Me pusieron una bombita de luz para que pueda ver. En un rato me la sacan. Y después no sé. O sea... Lloro, llora urutaú, en las ramas del yatay, qué será del Paraguay.

Espero que puedas leer mi la letra. Pensá que estoy a media luz, a medio sentar.

Y medio muerto, me parece. Eso es lo que entiendo porque los que vinieron en la madrugada hablaron de essayé avec du serum, que no sé qué carajo será, y hablaron de morfina. De Merck ni hablaron.

Hace casi dos horas que vinieron, me sacaron la carpa y me dieron un calmante porque me duelen las piernas y la espalda. Estoy peor que cuando me agarré con el cafishio de Bernardette, ése que me clavó una faca en la espalda. Por eso me encanaron. Otro día te cuento de eso. Hoy estoy muy cansado.

Me quedan fuerzas solamente para comer media manzana. Tengo que recuperarme porque todavía preparo algunas cosas urgentes, en proyecto, para cuando me larguen. La primera es un viaje a Nueva York. El tango anda bien ahí.

Sigo. Ahora me trajeron al jardín, con un capote militar y una manta. Porque ahí se respira, me dijeron. Les pedí que me repitan la dosis de calmante, que me hizo bien, y una mesita para poder escribirte. Para ser una cárcel son muy gentiles. Hasta me prometieron una copa de Gautier, un cognac bastante bueno.

Solo me falta el fueye para acompañar la rajada de la tarde. Hay que hacer un tango con la tarde. Pero no temprano, más bien tarde, casi cuando se anuncia la noche. Si suena una chicharra, le damos con la izquierda, bien bajo. Si una rana se manda al agua, sostenemos la derecha, abro, cierro, sostenido, sol sostenido, la rana se estira, yo estiro. Mi dios, qué maravilla la música de los parques. Aleteos en el árbol: la torcaza le raja al gato o se le acomodan los torcazos.

Por momentos la imagen de la rana me sirve cuando se hace la dormida y pega el lengüetazo. Pero no me importa el lengüetazo, me importa el momento previo, justo antes, no mucho antes sino exactamente antes.

Es ese momento único, no hay dos. Ni antes del antes, ni después del antes: antes. No es el silencio, el silencio no existe: es el ruido del silencio. ¿Te das cuenta?

Es como la tarde: no puede ser con mucho sol, pero tampoco sin sol. Es en ese preciso lugar del día. Vos esperas en silencio que se vaya la tarde y de repente no te diste cuenta y ya no es la tarde. Y no sé si ya es de noche.

## **CARTA 17**

Hoy me desperté pensando a dónde tengo que ir antes de morirme. Este año, ya que estoy aquí y si vos venís, vamos a Perpignan. Los famosos viñedos de Perpignan. Existen: yo he dicho que mis padres son de Perpignan aquí en París y nadie se sorprende.

Debe haber uva de la buena. Fruta de la buena. Como la que te gustaba afanar a vos de pibe. Eras el mejor ladrón de frutas del barrio. Del mundo. O eras el más rápido para rajar. El día que te trepaste al árbol que tenía el panal de abejas, ¿te acordás? Ese día te tiraste al suelo desde cinco metros de altura para que las abejas no te morfaran. Alguna me la ligué yo, y encima te cagabas de risa. Vení a verme que acá en el jardín tenemos varios árboles altos como para que te rompas las dos piernas.

Tenemos que ver esos viñedos, preguntar por la familia de don Enrique Arola y doña Margarita Saury, que se rajaron a faire l'Amérique cuando vos tenías cinco años. ¿Te acordás algo de tu infancia en Perpignan? ¿Del viaje? Al menos el francés te salía bien como para hacerle el verso a las pibitas de Barracas.

Si querés acompañarme sería bueno que vengas antes de que yo me muera, si es posible para abril o mayo del año que viene, cuando se vaya el frío.

Hay otro viaje que quiero hacer, pero solo. Ni vos ni mucho menos Lidia. Quiero volver a Bragado. Ver el burdel mugriento del que me escapé con Lidia. Quiero ir al hotel y al teatro donde tocamos dos noches, quiero ir al río que crucé con ella a caballo, quiero ir a conocer la casa de la familia de Lidia, la casa de don Petrucci, verle la cara al hermano de Lidia.

Mejor no voy a Bragado. O voy para quemar todo. Mejor no voy a Chivilcoy tampoco, porque seguro que los de Chivilcoy se iban a los puteríos de Bragado. Y los de Bragado a los puteríos de Chivilcoy para que no los vieran los vecinos.

A Bragado volvería solamente para saber qué fue de la vida de esos hijos de puta que le arruinaron la vida a Lidia: la abuela, el padre, el tío, el hermano, el gato.

Lidia explicaba que el padre se volvió loco cuando la madre murió al nacer ella. No sé si explicaba o justificaba.

Lidia, pobre Lidia: como si ella tuviera algo que ver con la muerte de la madre y con la locura del padre.

## **CARTA 18**

Ayer vino una enfermera y me puso compresas calientes en el pecho y en la espalda porque estaba dolorido. Venía cada media hora y no me dejaba dormir. ¿Para qué, entonces, me dan calmantes?. La mina no me contestaba. ¿Me duele pero me despiertan para que sienta el dolor? Pero tengo que reservar la polenta que me queda para causas más nobles: escribirte esta carta, hermano, por ejemplo. Y después escribirte otra. Quién hubiera dicho, José, que pensar en vos me obliga a vivir.

No pude escribirte todo lo que había pensado. Acostado boca abajo no puedo escribir nada. Boca arriba puedo garabatear algo.

Estoy pensando un tango para vos. Tengo una melodía que cambio cada día, y después me olvido y no llego a escribirla. Solamente se me ocurrió una estrofa para la letra. Mejor se la mando a Pascualito Contursi, boncha que sabe. Y si me devuelve una letra entera, por ahí se me arma todo.

*Tomate un coche, hermano  
Conozco un lugar  
Qu' esta noche, temprano  
Nos vamo' a bailar*

José se llama el tango. Dedicado a mi hermano. O mejor: A mi hermano que me dio una mano. ¿Te parece? Creo que no. Mejor: A mi hermano que me enseñó. Porque lo de la mano parece joda.

Cuando le doy una vuelta de tuerca a la melodía interrumpe algún enfermero y se me olvida. Tengo que escribirla en el momento. Pero vienen con una inyección, morfina, cataplasmas y cosas parecidas y no puedo pensar una secuencia y mucho menos escribirla.

Al revés de lo que me pasaba antes, ahora tengo la historia más en letra que en música. De todos modos, necesito un Pascualito para los versos.

El personaje se parece a vos, pero puedo ser yo. Es un boncha que quiere salir de joda con el hermano, o con un amigo. El tipo sale a la calle y empieza a caminar y está como perdido. Camina pero no sabe exactamente a dónde va. ¿No sabe o no recuerda? Se confunde. No sabe si está buscando un lugar o una persona. Es de noche. El tipo se pregunta qué le está pasando. Pero hasta ahí llegué. O sea, no sé cómo sigue la historia, si el tipo finalmente encuentra algo. Yo creo que debe ser una persona. Un viejo amor.

Por ahí se encuentra en plena noche con un amigo de éstos que le podemos decir hermano. Aunque no lo veas claro, tiene que ver con vos. Es como un espejo de vos, uno de esos que hay en los parques de diversiones, que te hacen más gordo o más alto. Este es un espejo

que te deforma apenas, tan poco te deforma que la imagen se confunde con el boncha real que se presenta ante el espejo.

Tengo que verlo a Pascualito porque no puedo avanzar yo. El personaje de mi tango no avanza, aunque camina. Suponete que va por Corrientes y llega a San Nicolás, la iglesia, y ahí duda: por qué vine hasta aquí, debería entrar a la iglesia, debería pararme hasta saber qué estoy buscando o a dónde estoy yendo. Y ni fueye que acompañe hasta que me duerma.

Hace un rato vino un cura. Un catalán. Pero me subió mucho la fiebre. ¿Habrá sido el cagazo de verle el crucifijo? El propio cura llamó al médico. Yo había dicho que viniera mañana porque no estaba bien. El médico no vino, el cura no volvió. Mejor. Mañana voy a poder charlar y le voy a explicar lo que es un tango y cómo se baila. Aunque no sé qué le puedo mostrar, acá, bajo cuatro frazadas.

Padre, cuando baile no apriete a la compañera que puede ser pecado. Además, si usted baila bien, ella sola se va a entregar a su abrazo. Cuando quiera bailar, escuche, padre, primero escuche, y después baile, como me decía el maestro Natucci, ¿te acordás?

El enfermero me trajo ropa nueva porque hay olor a carnicero doble turno. Tengo doble par de medias, sólo una está agujereada. Mañana, además del cura, me van a poner una máscara de oxígeno para que pueda respirar mejor.

La verdad, hasta mover las manos me agita. Voy a tener que contratar a uno que me escriba las cartas. Y a otro que respire por mí.

## **CARTA 19**

(Paris, 26 de setiembre)

Cuanto vengas a París, acordate de traerme alguno de los pares de guantes que te regalé. Es que acá me cago de frío y me dicen que no tienen.

Eran guantes hermosos, con broches de oro, de plata, de cuero de carpincho. Me gustaba entrar con mi fueye y la ceremonia de sacarme muy despacio los guantes. Como para que las minas se encendieran y los tipos se murieran de envidia. Despacio, desnudarse despacio es mejor. Que espere. Que desee. Que pida.

Es como cuando vas abriendo. El fueye, digo. Vas abriendo y pide. Gime. Gemidos de carterera. Gemidos de noche. El fueye empieza con sus gemidos cuando cae la tarde. Antes no. No puede haber gemidos como esos durante el día porque son gemidos de la oscuridad. Una noche escuché esos gemidos en la habitación de papá y mamá y cuando te dije me pegaste un sopapo.

Yo era grande y de la bronca me vestí y me fui de casa. No sé si era bronca por lo que había escuchado o por el sopapo. Y esperaba que cuando viera que yo me había rajado a esa hora papá te acusara a vos de no haber hecho nada. Y te golpeará de mi parte.

Calculé mal porque a unas cuadras un sereno me paró. Le dije que iba a comprar unos yuyos a la botica de la calle Victoria, pero el tipo me llevó a las patadas a casa y golpeó la puerta. Papá se tuvo que vestir y abrió con cara de culo. Y eso que había cogido.

No entendió qué carajo estaba haciendo yo en la calle a esa hora, ni por qué me traía el sereno, así que por las dudas lo invitó a tomar una ginebra, pero el tipo se fue, y el sopapo me llegó pronto, apenas cerró la puerta.

Es raro que recuerde algunas cosas en las que nunca había pensado. La noche, debe ser. Los ojos abiertos mirando unas rayitas blancas que descuidaron en la ventana. Esas rayitas mínimas te llevan para afuera porque te dicen que afuera hay una eternidad. Hay un bicho en el vidrio que se va volando y te vas con él, y se escucha un grillo, un búho, hay una sombra de murciélago que pasa, y ya te fuiste.

Pensando de noche descubrí que no me traen el fuelle porque aquí en el pecho entre estas costillas de pollo flaco ya tengo dos fueyes que gimen de día, de noche y de lástima. No te imaginás lo que se escuchan cuando se hace el silencio. Respiro una vez con el izquierdo y la otra vez con el derecho. Y la tercera descanso. Y cuando me pongo a escribir apenas si puedo levantar esta pluma y los párpados para ver lo que escribo.

Por algo será que al pulmón le dicen fueye. Con ye. Mis fueyes tienen distintos ritmos, uno es pobre y el otro no va a ningún lado. Y toco solo para mí, cuando estoy debajo de todas



estas mantas. La melodía es siempre la misma: un mugido de vaca sordo del fueye izquierdo, un balido apagado de oveja con el fueye derecho, que está peor. Y se repite: vaca, oveja, vaca, oveja, hasta el ataque de tos. Y vuelta a empezar: noche y día, día y noche, noche, noche. No, che.

Soy el único espectador en este show tan pobre de este único músico, yo tocando a dos fueyes para todo el universo. Como el viento Zonda, que hace esa música para todo el universo, solo que a mí no me escucha nadie.

Hasta que viene un tordo y toco para él. Los tordos son como esos periodistas que vienen a escuchar lo que hacés mal y al día siguiente lo ponen en los diarios. Y eso que le diste una buena mesa y le abriste una botella fetén, que se llevó puesta y le hubiera costado lo que gana por mes en el diario.

Los tordos te escuchan más atentamente que los periodistas, pero un ratito nomás y mientras sacuden la cabeza murmuran sobre calmantes y opio, eso, tordo, eso, un poquito de opio. ¿Cuál es el diminutivo de opio, tordo?

## **CARTA 20**

París, 27 de setiembre

Al final el cura Pich, el catalán, no vino ayer, vino esta mañana después de que me lavaran un poco y yo diría que apenas me humedecieron, pero para qué más si ya ni transpiro de tanto no tomar un licor. Uno cualquiera con gusto a penicilina, aunque sea, que me ayude a soportar esta tortura. Si ya ni apporto al mundo ni gases ni líquidos ni sólidos.

Sin fueye soy una pelota pinchada. Mis pulmones eran el fueye, mi hígado era el fueye, mi corazón era. El fueye me pegaba en el medio del pecho y el sonido se escapaba por los hombros y luego los brazos, los dedos y los timbos, y de ahí derecho por la pista hasta enroscarse en los timbos de un morocho y una morocha que quedaban atrapados en una melodía mortal de la que no querían escapar y seguían bailando hasta caer en medio de la pista.

Vino el cura. Sin sotana, el cata, arrimó una silla y se agachó para escucharme. Y le expliqué que así se baila el tango, padre. ¿Así? Así, mi amigo, sin redención ni vuelta atrás. Si uno baila con otra persona, no baila uno ni la otra persona, baila una tercera persona de cuatro patas, como decía Natucci, y súmele las patas de todos los integrantes de la orquesta, maestro, porque los músicos también tocan con las piernas y los pies y los dedos de los pies, y eso es una araña gigante de la que no se puede uno rajar sino envenenado. O sea, vos no podés negarte a esa araña, otro hay que se adueña de tu voluntad, y lo aceptás así. Hasta morir.

¿Qué le podía decir yo, un paquete envuelto en mantas, casi sin voz y encima sobrio? Padre, le dije, es como cuando toco el bandoneón: no lo toco yo, lo tocan las manos de un ángel y de un demonio, de un cuervo y una mariposa, de una niña descalza y ese soldado con casco, sobre las rodillas de un viento helado y las de un hornero en el nido. Eso dije, más o menos. ¿Me estarán dando demasiado opio?

Creo que no entendió mucho. ¿Habrán horneros en Francia? Me preguntó si estaba tranquilo. Levantó una mano pero no supo qué hacer: ni bendecir, ni apoyar sobre una manta que me cubría hasta las cejas.

Se ve que le daba lástima, pero debe estar acostumbrado a ver miseria física. De miseria mental ni hablemos. Por momentos fue incómodo. Yo no sabía de qué se habla en estos casos. De la vida, de la muerte, de otra vida. De mamá, de papá. Del papa.

El está canchero con estas cosas y me preguntaba por los viejos, por Sudamérica, la música. Le conté de mi hermano mayor y que una hermanita murió al nacer. Por las dudas no quise mezclar a Lidia, que fue mi mujer, que ahora no sé si es la tuya, que no sé si vivís y que no te veo desde no recuerdo qué año. Lindo nudo para desatar. Olvídense, padre, antes que

perdonar mis pecados, que no los voy a confesar, me conformaría con que suba el volumen del aparato de radio que pusieron en el hall.

El cura dijo que no lo escuchaba. Apenas si escuchaba mi voz. Se ve que el oído mío funciona mejor que el resto del cuerpo.

Había pensado qué decirle si me proponía rezar un Ave María, si quería confesarme: no me ayuda la memoria, padre, le iba a decir, no me acuerdo de mis oraciones ni de mis pecados, pero no me propuso nada de eso, me propuso que escuchara música clásica, sobre todo música barroca.

El tipo algo sabe: de Haendel, de Bach. Me aconsejó la música gregoriana, la música sacra, la música que te ata con un hilito finito a la eternidad, dijo el cata.

Me habló de un tal Lasso. El mes que viene, me dijo, si estoy vivo, pienso yo, puedo ir con él a escuchar un concierto de órgano en San Eustaquio.

Vivo, puede ser un buen sábado: las alturas del techo de San Eustaquio, un órgano maravilloso resonando a lo largo y a lo ancho de la iglesia. Muerto, quizá me sorprenda un programa mejor.

Chau, José, la sigo mañana, el amigo Pich me dejó de cama.

## **CARTA 21**

París, 28 de setiembre de 1924

Siempre te digo lo mismo, que ésta puede ser mi última carta, y nunca me equivoco: puede ser. Pero estoy cada día más cerca de acertar.

Lo malo es que ya no puedo ni sentarme porque me ahogo, pero prefiero ahogarme por el esfuerzo y no por quedarme quieto esperando el ahogo. Los médicos ya saben: mucha morfina, por favor. Mirá vos, un sábado y yo acá reventado.

Además, tengo tantas cosas para decirte que ya no puedo decirlas. Más que cuando te empecé a escribir. En un mes quiero decirte lo que no te dije en diez años. Decirte y preguntarte.

Decirte que todo fue culpa mía. Yo la dejé a Lidia sola en casa, cuando me iba de joda, de gira o de show en el Armenonville, o cosas por el estilo. Volvía a la mañana, me levantaba a la tarde y me iba al rato, así ocho veces por semana.

Encima, te rajé del boliche cuando se me fue el socio, y eso fue lo peor para el negocio y para mí, porque te quedaste en casa con Lidia.

Te la entregué, era fácil enamorarse de Lidia, sobre todo si te pasabas todas las noches a solas con ella.

¿Alguna vez le tocaste la guitarra, a pesar de los dedos mochos? ¿A ella en casa, una noche de esas que yo volvía de madrugada? Una noche tiraste un par de notas y la encontraste desafinada, ¿no? Y empezaste a afinar. ¿Así empezó todo? No te vas a acordar. Estas cosas pueden empezar sin que uno se dé cuenta cuándo. Olvidate.

El Manoplas Fernández se olvidó la guitarra en casa y la fue a buscar una semana después. ¿Tocaste para Lidia con esa guitarra? El Manoplas hacía maravillas.

¿A dónde se fueron? Si todavía estás con Lidia, vos sabrás: contarle de mí, quemar las cartas que te lleguen, mostrárselas. Ya no estoy tan soberbio como antes, de pibe, cuando todo lo que yo pensaba no se discutía. Y demasiadas puteadas me llevo por esa soberbia. Superbe opa.

Yo me creía maravilloso y espléndido y mis propios compañeros me decían pedante o altanero. Al escuchar estas cosas sentía odio y furia, cuanto más amigo el que lo decía más furia. Después, mucho después (siempre tarde), abría una hendidija, sentía una duda silenciosa: ¿exageran, Lorenzo, vos podés ser eso que dicen? ¿fanfarrón? ¿egoísta?

Pero yo volvía al cabaret y volvía a ser el Tigre del Bandoneón, y a la mierda los amigos. Seguía siendo Eduardo Arolas, el primer fueye en el siglo del tango.

Un poco de opio o de morfina no le va a venir mal al Tigre. Me duele la cabeza, la mano derecha con la que escribo, la izquierda con la que practico por las dudas, frente y dorso del cuerpo, o sea, todo, salvo dedos del pie izquierdo que ni los siento.

En unos minutos vienen con la máscara que me atan a la cabeza, y el motorcito del oxígeno que antes hubiera tirado por la ventana ahora me ronronea y agradezco porque me va durmiendo.

José, si estos médicos hacen el milagro, te espero en esta prisión, en la que me tiene encerrado la Police por defender a las mujeres. Si no, que me lleven a Chacarita.

La seguimos mañana. Pero ahora, te dejo. Espero la morfina. Es como un fueye: te calma, te lleva de la mano al cielo. El frío me duerme la punta de los dedos de la mano derecha. Ya no puedo ni apretar el timbre para que aparezca un enfermero. L.

*Paris, 29 septembre 1924.*

*M. José Arola : Je m'appelle Osvaldo Ortis, infirmier à l'hôpital Bichat. J'ai connu et apprécié M. Eduardo Arolas, qui, je crois, est son frère, pour ce qu'il m'a dit et montré dans ses lettres.*

*J'ai l'audace d'ajouter à la dernière lettre de votre frère qu'il est décédé ce matin des suites d'une pneumonie avancée. L'hôpital en fera l'annonce officielle au consulat argentin. J'espère que vous ne prendrez pas mal cet ajout à cette lettre, que j'ai accepté de fermer et d'envoyer par courrier, Á LA DEMANDE D'EDUARDO. Mes respects à vous et à votre famille.*

*O.O.*